

REVISTA EUROPEA.

NÚM. 266.

30 DE MARZO DE 1879.

AÑO VI.

LA DOCTRINA DEL AMOR.

AFINIDADES ENTRE LAS TEORÍAS DE SCHOPENHAUER

Y GIORDANO BRUNO.

(Conclusion.)

II.

Pasando de este orden de ideas á otro, no será difícil descubrir otros vínculos ideales entre Giordano Bruno y Schopenhauer, lo cual es tanto más notable cuanto que entre el panteísmo del uno y el del otro median diferencias profundas y capitales.

Schopenhauer se halla de acuerdo con Bruno en admitir una sustancia única universal, es decir, está de acuerdo con él respecto al *ἐν καίπαυ*, más no respecto al *πάν θεός*, por cuanto el filósofo alemán excluye por entero la idea de Dios. Schopenhauer además no admite como Bruno que el mundo esté lleno del Ser, porque reserva un espacio—noch viel Raum—para aquello que él no puede expresar sino con una forma negativa, llamándolo la negación de la voluntad vital. (*Was wir nur negatio bezeichnen als die Verneinung des Willens zum Leben.*)

Y esto significa una grave diferencia respecto á Bruno, porque es precisamente lo que forma el pesimismo, ó por mejor decir el budhismo del uno y el optimismo del otro. Esto, no obstante, es innegable que ambos filósofos se encuentran y tal vez caminan á la par por el terreno de la psicología metafísica, esto es, en la cuestión de la esencia y de la indestructibilidad del ser humano.

Es notable la teoría de Schopenhauer sobre este punto. El hombre no es otra cosa para él que una manifestación particular de aquella voluntad-sustancia, cuya esencia es un profundo deseo y aspiración á la vida, y cuya tendencia es asumirse la materia para *objetivarse* en una sucesión infinita de organismos; de suerte, que el nacimiento y la

muerte no son otra cosa en este sistema que la fuente perenne donde esta voluntad viene á refrescarse de cuando en cuando, asumiéndose en un nuevo individuo una nueva conciencia, ó lo que es lo mismo, una nueva inteligencia, que después abandona para asumirse en un segundo, tercero y cuarto individuos y así sucesivamente. De este modo el hombre es inmortal, y sobre este punto Schopenhauer no perdona verdaderamente ocasión para combatir el materialismo; mas esta inmortalidad no se extiende á toda el alma, no abraza la conciencia, que es para nuestro filósofo un fenómeno secundario—*eine sekundäre ans der Objektivation des Willens hervorgehende Erscheinung*—sino tan solo la voluntad vital que sobrevive manifestándose en un nuevo organismo. Como las innumerables gotas del arco iris aparecen y desaparecen con la rapidez del relámpago, mientras el arco iris permanece inalterable é inmóvil, así los individuos en cuanto son otras tantas personas dotadas cada una de propia conciencia, nacen y mueren, mientras que la humanidad, la especie, la idea platónica subsiste al través de las innumerables generaciones. Si hacemos abstracción, por tanto, de nuestra inteligencia particular, la cual cesará de existir cuando nuestro organismo presente se descomponga, nosotros, que existimos en este momento, podemos decir, según Schopenhauer, que hemos existido ya en nuestros antecesores y que existiremos en nuestros venideros hasta que esta voluntad universal, aleccionada con tantas y tan diversas conciencias, persuadida de que la existencia es por sí misma un mal, se decida á entrar ella misma en la nada.

Prescindiendo de semejante conclusión, que á decir verdad podría considerarse como un elemento heterogéneo en esta teoría donde la voluntad vital es enteramente extraña á la conciencia, y por lo mismo no puede recibir de ella ninguna enseñanza, veamos qué afinidades existen entre las ideas de Schopenhauer y las de Bruno respecto á la inmortalidad.

Para Bruno, el hombre debe ser considerado también de dos modos; como especie y como individuo. Existen según él cinco formas ó *grados* por los cuales se explica en el

tiempo y en el espacio aquella «Inteligencia universal» como él la llama, que es «la causa eficiente» del número y con las formas «del elemento misto, del vegetal, del sensitivo y del intelectual» que más científicamente pueden ser comprendidas en las cuatro grandes manifestaciones de la naturaleza; reino mineral, vegetal, animal, humano ó racional.

Ahora bien; este principio, semejante en un todo á la voluntad vital de Schopenhauer, es para Bruno «el artífice interno» que informa la materia, que «de la corrupcion de una cosa suscita la generacion de otra;» y en cuanto esto puede explicarse bajo aquella forma ó categoría del Ser que hemos llamado *intelectual*, constituye la verdadera esencia del hombre, ó como Bruno la llama, «*La Inteligencia única específica humanitaria* á cuya inteligencia no debe ya atribuirse significacion de *mens* si no la de *animus*, la de fuerza vital ó principio vivificador, como aquello que está destinado, dice Bruno, «á urdir la tela, á tejer los hilos, á moderar el temple, á poner orden, á dirigir y distribuir los espíritus, á dar fibra á las carnes, á extender los cartilagos, á soldar los huesos, á ramificar los nervios, á llenar las arterias, á esterilizar las venas, á fomentar el corazon, á inspirar los pulmones, á socorrer todo lo que existe dentro con el calor vital donde tales hipótesis subsistan y tal forma ó figura ofrezca.»

Ahora bien: «esta es la sustancia, dice nuestro filósofo, que es verdaderamente hombre, y no accidente; este es el númen, el demonio, el dios particular, la inteligencia, en la cual, de la cual, y por la cual, como vienen formadas y se forman diversas composiciones y cuerpos, así vienen á introducirse diversos seres en especie, diversos nombres, diversas fortunas.»

¿Qué cosa será, pues, la muerte en este sistema? Como en el de Schopenhauer, no es más que el instante en el cual este *Artífice interno*, esta *Voluntad vital* abandona un organismo para *objetivarse* en otro. Es un divorcio momentáneo, ocasionado porque la *fuerza eficiente* indestructible, «solicitada por el principio de la disolucion, abandona el edificio y causa su ruina, disolviendo los elementos contrarios, rompiendo los lazos, destruyendo la composicion hipostática, porque no puede anidarse eternamente, con los mismos temperamentos, perpetuando los mismos hilos y conservando los mismos órdenes, en un mismo compuesto.» Caído aquel organismo, como ya se ha dicho, esta misma fuerza, este «*principio informativo que opera desde dentro*,» se

construye otro, y en esta forma continúa su mergiéndose de grado en grado (lo mismo para Bruno que para Schopenhauer) «en las aguas del rápido Leteo,» sin perecer jamás, porque al contrario de lo que piensan los materialistas, de los cuales dice Bruno que «son necios con el nombre [de filósofos,] este principio, dice, «no es un acto que resulta de la armonía, simetría, complexion ó cualquier accidente que por la disolucion del compuesto quede reducido á la nada junto con la composicion, sino que este mismo principio es causa intrínseca de la armonía, complexion y simetría, el cual no puede subsistir sin el cuerpo, como el cuerpo, que está por él movido y gobernado y unido por su presencia, y por su esencia disperso, no puede subsistir sin él.»

El filósofo, pues, no debe temer la muerte, porque la muerte, dice Bruno, no significa «la destruccion del sér.»—«Contra esta tontería (añade) grita fuertemente la naturaleza asegurándonos que ni el cuerpo ni el alma deben temer la muerte, porque tanto la materia como la forma son principios constantes (1).»

Y al mismo tiempo declara sapientísimas aquellas frases de Salomon: *¿Quid est, quod est? Ipsum quod fuit. ¿Quid est quod fuit? Ipsum quod futurum est. Nihil sub sole novum.* Schopenhauer repite tambien la sentencia del antiguo Hermes Trismegisto que guarda semejanza con la del sabio hebreo: *Τὸ γὰρ ὄν αἰεὶ ἔσται.*

Debemos hacer una observacion no obstante y es que mientras Schopenhauer, partiendo de la idea de que todo ente tiende á conservar su propia naturaleza, *omnis natura vult esse conservatrix sui*, viene á admitir, no solo la indestructibilidad de la fuerza que se manifiesta en el individuo humano, sino la permanencia constante de su forma. Bruno, por el contrario, obedeciendo al principio fundamental de su dialéctica que establece «el principio y la causa final, la cual se propone ser la eficiente de la perfeccion del universo,» admite que el hombre puede renacer despues de la muerte como hombre; pero considerando aquella *fuerza eficiente* como una especie de *omeomeria anasagórica*, quiere que no solo pueda manifestarse de aquel modo sino de todos los modos posibles, hasta como *ostrá marina* y como *planta*.

Tal vez se crea que de esta suerte la idea

(1) Tambien Schopenhauer afirma que la indestructibilidad de la materia es una prueba de nuestra indestructibilidad.

de Bruno viene á ser completamente distinta de la de Schopenhauer; pero la diferencia no es más que superficial y depende toda del punto de vista bajo la cual se la considera.

¿Qué otra cosa es para Schopenhauer la voluntad que se manifiesta en el hombre y constituye su esencia sino aquella misma fuerza que se muestra en todos los seres del universo, hasta como dice Bruno en las *ostras marinas y en las plantas*?

Existe para ambos filósofos un principio único, invariable y subsistente por sí mismo, cuyo principio se manifiesta despues y actúa bajo diversas formas, categorías ó grados; y es en este mismo sentido en el que Bruno hace consistir como Schopenhauer la esencia eterna del hombre; *no en los individuos, los cuales nacen y mueren, sino en la unidad específica, como dice Platon, que es solo la que lleva en sí la esencia de las cosas.*

Schopenhauer opina del mismo modo, solo que, mientras él se atiene á la consideracion de las formas singulares del eficiente universal, Bruno se eleva á la contemplacion de este mismo eficiente y de ahí que donde el uno, encerrado en un círculo de hierro, no sabe hallar otra forma de inmortalidad que una fria y monótona palingenesia, el otro, por el contrario, discurre libremente con su robusta dialéctica por los diversos *grados* del Ser, ofrece á nuestra vista las vicisitudes de la más rica y variada metempsicosis. Cuyo resultado lleva naturalmente á conferir á ambos escritores un carácter moral distinto, puesto que al paso que en virtud de esta metempsicosis, el criterio de las penas y de las recompensas, postulado fundamental de la ética, queda rigurosamente á salvo y los seres más humildes pueden por lo mismo elevarse á la más alta cima, *al mismo grado del ser* y vice-versa, en la palingenesia de Schopenhauer, por el contrario, el hombre, destituido de personalidad y obligado á renacer de su misma ruina como el corazón despedazado de Prometeo, no conoce ni premio ni castigo; y fatigado de una inmortalidad de penas y desilusiones, no suspira por otro ideal que el de las heladas y pavorosas sombras del Nirvana.

III.

Tales son las relaciones que hemos creído ver entre las doctrinas de Schopenhauer y las de Bruno, cuyo extraordinario ingenio se ha

anticipado más de una vez al pensamiento de la ciencia y la filosofía modernas.

Desde luego le vemos proclamar atrevidamente, dentro del sistema copernicano, la hipótesis bastante más reciente de la pluralidad de los mundos habitados; le vemos presentir con admirable criterio las modernas inducciones respecto á la constitucion y habitabilidad del sol; le vemos tratar la cuestion del instinto en los animales con una amplitud de juicio que á menudo no encontramos en los más ilustres naturalistas y fisiólogos de nuestro tiempo, como por ejemplo Cuvier, Flourens, Lelut, etc.; le vemos guiado por un principio heraclítico de la eterna y universal evolucion, exponer la ley de la circulacion de la vida con un lenguaje completamente moderno. «¿No veis, dice, cómo lo que era semilla se convierte en yerba, y lo que era yerba se convierte en espiga, y lo que era espiga se hace pan, y el pan quilo, y el quilo sangre, y la sangre semen, y éste embrion, y éste hombre, y éste cadáver, y éste tierra y la tierra, piedra ó cualquier otra cosa, y de esta suerte se realizan todas las formas naturales?»

Y siguiendo el mismo concepto panteístico que le arrastrá á la doctrina de la metempsicosis, le vemos abrazar desde luego el principio de la unidad psíquica de todos los seres vivos que la ciencia contemporánea va cada dia poniendo más en claro. Al propio tiempo, de acuerdo con este mismo principio, le vemos presentir de cierto modo la moderna teoría de la evolucion, puesto que sin atacar la ley suprema de los fines, á la cual atribuye solo un valor ético general, considera las facultades y las operaciones naturales de todos los seres vivos como simples efectos ó resultados de su organismo particular, de modo que podría decir de buen grado con Darwin y con Lamarck «que los pájaros vuelan porque tienen alas, no que los pájaros tengan alas para volar.»

«Si fuese posible, dice en efecto, que la cabeza de una serpiente se convirtiese en cabeza humana y el busto creciese hasta donde puede crecer dentro de su especie, se le extendiese la lengua, se le ampliase la espalda, se ramificasen los brazos y las manos, y despues donde termina la cola se le añadiesen unas piernas, apareceria, respiraria, hablaría, obraria y caminaría lo mismo que el hombre, porque no sería otra cosa más que un hombre. Por el contrario, el hombre no sería más que serpiente si se contrajesen y encerrasen dentro del tronco sus brazos y sus piernas, y todos los huesos concurren á formar espina y

tomase toda la forma de aquel animal. Entonces tendria un ingenio más ó ménos vivo; en lugar de hablar, silbaria; en vez de edificarse palacios, se abrigaria en los agujeros y adoptaria todos los hábitos y modos de vivir de la serpiente.»

En fin, ¿qué más? La célebre sentencia de Pascal «que el centro del Universo se halla en todas partes y la circunferencia en ninguna,» está enunciada por Bruno en un diálogo sobre la *Causa*; también hallaremos en este mismo diálogo la explicación, ó por decirlo así, la ilustración de aquellas misteriosas palabras que Goethe pone en boca del *Chorus mysticus* en la segunda parte de *Fausto*:

«La cosa finita no es más que un símbolo de la inmortal; aquí las cosas imperfectas se perfeccionan; lo inefable se realiza; el eterno encanto femenino nos eleva á los cielos.»

Con esta frase del *eterno encanto femenino* el poeta quiere sin duda aludir á aquel concepto profundísimo que Bruno había ya expresado claramente en el diálogo arriba mencionado, cuando considera el elemento femenino como el símbolo ideal de todas las cosas que significan perfección.

«Levantad los ojos al árbol de la ciencia del bien y del mal; mirad la oposición que existe entre uno y otro; ved quiénes son los machos y quiénes las hembras. Ved cómo el cuerpo es macho, el alma hembra, el caos macho, la disposición hembra, y del mismo modo el sueño y la vigilia, el letargo y la memoria, el odio y la amistad, el temor y la seguridad, el escándalo y la paz, el furor y la quietud, el error y la verdad, el defecto y la perfección, el infierno y la felicidad; por último, todos los vicios, pecados y delitos son machos, y todas las virtudes, excelencias y bondades son hembras. La prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, la belleza, la majestad, la dignidad, la divinidad, se nombran, se imaginan, se describen y se pintan siempre como hembras.»

ROMEO MANZONI.

(Tr. de la *Filosofía delle scuole italiane*.)

MIRABEAU.

A Don Emilio Castelar.

«Las amistosas discusiones valen más para entenderse que las insinuaciones calumniosas, las inculpaciones furibundas, los odios de la rivalidad y las maquinaciones de la intriga y de la malevolencia. Se esparcen voces de perfidia, de deserción, de corrupción; se invoca la venganza popular para sostener la tiranía de la opinión, no parece sino que es un delito tener dos opiniones en cuestiones delicadísimas.»

El hombre que combate por la razón y por la Patria no se dá tan fácilmente por vencido. El que tiene la conciencia de haber merecido bien de su país y sobre todo de haberle sido útil; el que no se deja seducir por una vana celebridad, el que desdeña los triunfos de un día para buscar la verdadera gloria, el que quiere decir la verdad y hacer el bien público independientemente de los volubles movimientos de la opinión pública ese hombre lleva consigo la recompensa de sus servicios el alivio de sus penas, el premio de sus peligros y no debe esperar gracia más que del tiempo juez inexorable que á todos hace justicia.»

Abandonen á los furoros del pueblo engañado al que hace veinte años está combatiendo toda clase de opresiones, al que hablaba á los franceses de libertad, de Constituciones, de resistencia, cuando sus viles calumniadores chupaban el jugo de la corte y vivían de todos las preocupaciones dominantes. ¿Qué me importa? Estos golpes de abajo á arriba no me detendrán en mi carrera; yo diré á los agresores: responded si podeis, calumniad cuanto querais.»

MIRABEAU.

I.

Hé aquí lo que con alto sentido político, con profundo conocimiento de los hombres y de las cosas de su tiempo, con la medida del legislador y la violencia del tribuno, decía en medio de una alborotada Asamblea, combatiendo á Barnave y á Maury en uno de sus más célebres discursos, cuando la Francia presentaba á la faz del mundo el espectáculo nunca visto del movimiento universal, para renovar los antiguos poderes y destruir los carcomidos códigos, con la solemne declaración de los derechos del hombre, el primer orador de su siglo; Mirabeau.

Hijo de una de las más ilustres familias de Provenza, Gabriel Honorato de Mirabeau descendía de los poderosos señores de Arriguetti, que emigraron de Florencia en 1268; al cambiar de nacionalidad modificaron su apellido convirtiéndole en Riquetti; su padre Víctor Riquetti de Mirabeau fué uno de los más ardientes partidarios de la escuela economista; publicó una obra llena de absurdas teorías, titulada el «Amigo de los hombres;» y viendo su poca aceptación, encerróse en su orgullo pe-

dantesco y creyó que la humanidad entera era inferior á su sabiduría, pues no comprendía su mérito; por esa eterna lucha que existe y existirá entre las medianías y el genio se convirtió en enemigo declarado de su hijo Honorato cuando éste (niño aún) mostraba en su clara inteligencia las más hermosas aptitudes; ¿puede acaso perdonar nunca la rastrea culebra el vuelo atrevido del águila potente por los espacios infinitos? Frente á frente de su celoso padre, que le hacia cambiar incesantemente de maestros; desdeñado por sus hermanos, que le imputaban como un crimen su fealdad, se hizo inquieto, voluntarioso, y falto de aquella tranquilidad de espíritu que es uno de los más poderosos elementos del honor: pasaron los años, y el jóven Mirabeau tuvo que entrar en el ejército obligado por su padre, pero él (que segun su expresion propia) «no habia nacido para esclavo,» huyó á París, abrumado de deudas; perseguido por esta circunstancia fué encerrado en la isla de Rhé, donde permaneció algun tiempo, siendo al fin perdonado por haber formado parte de una de las columnas que marcharon á combatir á Córcega, cuyos naturales pretendian su independencia: su actividad extraordinaria y su genio aventurero tuvieron en esta campaña digno empleo, y tal vez hubiera continuado en el ejército si su padre, envidioso de sus triunfos, no le hubiera llamado á su lado. Presentado en la córte de Versalles, el jóven se hizo amar de todos, cautivándolos con su ilustrada conversacion, con sus arrogantes modales y con aquella superioridad innata que es patrimonio exclusivo de los grandes hombres.

Mirabeau con su mirada de águila veía perfectamente el porvenir de su pátria, y comprendiendo que para llegar á las alturas del poder, donde le impulsaba su génio, era preciso ante todo ser buen ciudadano y buen padre de familia, contrajo matrimonio con una señorita de la nobleza, que si bien le llevó en dote una espléndida hermosura, le reservó el capital que le pertenecía, temerosa de su conducta; aquella naturaleza volcánica se enamoró perdidamente de su esposa, y quiso rodear de un marco de oro el objeto de su culto, contrayendo onerosas deudas que le llevaron á una prision de Estado; á cuatro millas de Marsella levántase el castillo de If como una isla desierta en medio del Mediterráneo; allí fué confinado Mirabeau; con frecuencia se le veia al declinar la tarde, sobre una almena, inclinado hácia el mar, procurando leer en los imnobles ojos de los peces su destino futuro, midiendo

sus fuerzas con el huracan que pretendia inclinar su frente arrogante, ensayando su voz, queriendo dominar el estampido del trueno como un dia habia de dominar el tumulto de las masas populares, desafiando el poder de las olas que á semejanza de movibles montañas se estrellaban contra los muros del castillo bañando sus encrespados cabellos con su nevada espuma, cruzando su mirada con el relámpago y sosteniendo su brillo fosforescente como un dia habia de sostener y dominar millares de miradas animadas con el fuego de las pasiones políticas, allí en la soledad de su cárcel, en el silencio de su calabozo, en esas larguissimas horas que la reflexion cuenta por años y el dolor por siglos, tuvo la revelacion de su futuro destino: allí se desarrolló su génio incomparable, allí se hizo profundísimo orador.

Permaneció algun tiempo prisionero conservando la esperanza de su libertad; mas viéndose abandonado de su esposa y perseguido por su padre, procuró huir, fué trasladado á sus instancias al fuerte de Joux en el Franco-Condado; más una romancesca aventura le llevó á la ciudadela de Douléns; allí se aprovechó del inmenso ascendiente que tenia sobre las mujeres y logró huir con la esposa del gobernador á Suiza; despues de varios accidentes novelescos, los prófugos llegaron á Holanda, y entretanto que en Francia Mirabeau era decapitado en efigie cumpliendo la sentencia por raptó y seducción, el Conde, para atender á las más imperiosas necesidades, trabajaba con ardor incansable publicando artículos, folletos, traducciones, etc.; entonces hizo el *Essayo sobre el despotismo*, obra que fué perfectamente recibida por el público, hasta que al fin preso en territorio extranjero fué conducido á Francia y encerrado en Vincennes, donde permaneció cuarenta y un meses: allí estudió á Tácito y á Ciceron, hizo algunos ensayos sobre el derecho natural y empezó á organizar en su poderosa cabeza los profundos estudios sobre la antigüedad que algun dia habrian de darle felices resultados.

La idea principal de Mirabeau era llegar á las esferas del poder; para ello contaba con su génio revelador, su actividad prodigiosa, su estudio profundo y sus grandes dotes de energía y valor; sabia por experiencia cuán insinuante era su conversacion y cuán avasalladora su frase pero él mismo ignoraba ejerciese tan completo dominio sobre los hombres, hasta que una casualidad se lo reveló: su esposa entabló demanda de divorcio y él acudió

á los tribunales, mas convencido de que el primer juez á quien hay que persuadir es al público; hizo de sí mismo tan brillante defensa, que aunque rechazada legalmente su pretension, le valió el ser conocido como gran orador y aplaudido frenéticamente por el numeroso público que habia acudido á presenciar aquel escándalo: los mismos jueces, admirados ante aquella elocuencia tan nueva, tan varia, tan insinuante, ora terrible, ora jocosa, ora satírica, fueron los primeros en reconocer sus altas dotes, señalándole como uno de los astros más brillantes de la oratoria, y él que sabia aprovechar todas las ocasiones que le facilitasen el camino para la realizacion de sus deseos, se recogió dentro de sí mismo y decidió servirse del arte de la palabra como de la palanca más poderosa para su engrandecimiento.

Se acercaba el momento más solemne en la vida de Mirabeau, aquel momento tan esperado; era preciso tocar el resultado de tantos años de reflexiones y de preparacion; el edificio social se desmoronaba arrastrando en su ruina las antiguas instituciones, aquella corte prostituida llegaba al ocaso de su esplendor; era preciso renovar la atmósfera viciada de los dorados gabinetes de Versalles, donde ejercian su imperio omnipotente las Dubarry, Ninon y otras cortesanas reinas de la prostitucion y el escándalo; era preciso que cesasen los privilegios de los Rohan, las cábalas de los Cagliostros, los amaños de Orleans, las camarillas de María Antonieta y las cóndescendencias del buen Luis; precisaba poner un coto á los desmanes de Marly y Trianon, y todas las clases sociales, cansadas del yugo feudatario de la nobleza, expresaban su deseo en la forma que les era posible, siendo aplaudidos por la voz general Diderot, D'Alembert, la Harpe, Beamarchais, Rousseau y Voltaire; en todas las conversaciones, (aun entre las damas), no se oia hablar más que de Constituciones, inamovilidad de empleos, leyes fundamentales, abuso de privilegios, etc., y Mirabeau aprovechó este momento para publicar los abusos de que habia sido víctima; y como sus escritos llevaban el sello de su talento, unido á un vigor y una fortaleza incontrastables, pronto atrajo las miradas de todos, porque el mundo es siempre patrimonio de los fuertes: se granjeó odios y rencores profundos, pero se le temió; Calonne le envió á Prusia (temiendo su influencia) con una embajada secreta, pero á su vuelta triunfaron sus enemigos y él, despues de sostener una lucha gigantesca contra los odios, las calumnias y las di-

famaciones, arrastrado siempre por sus aficiones al lujo desenfrenado, á las disipaciones, á los amores violentos, tempestuosos, volcánicos, suyos, propios, y á sus rencores y desprecios arrebatados, fuertes y enérgicos, fué encerrado en el fuerte de Saumur, donde salió cuando la convocacion de los Estados generales para darse á conocer en todas sus brillantes aptitudes y en todas sus condiciones excepcionales.

II.

Por fin, iba á realizarse el sueño de su vida; fué elegido Diputado y se preparó como el atleta griego antes de entrar en combate; puso una magnífica casa cediendo siempre á sus idas de lujo y esplendor, y nada podrá dar idea más exacta de su carácter y de sus costumbres que la descripcion de su salon-despacho, donde recibia sin cesar los homenajes de los más ilustres nacionales y extranjeros: figuraba un vastísimo salon cuyas puertas se cerraban con tapices turcos, cuyo pavimento cubrian árabes alcatifas, y cuyo techo pintado por Lebrun en sus mejores tiempos para entretenimiento y solaz de alguna régia cortesana figuraba amorcillos que ofrecian frescas y olorosas flores á la diosa de la hermosura á la incomparable Vénus; imaginaos en el fondo sobre un escudo de verde terciopelo terminado por condal corona, la espada, la coraza y el casco blasonado de uno de sus antepasados que vino á España con Beltran Duguesclin, favoreciendo las pretensiones del bastardo Enrique de Trastámara; una maza de armas del tiempo de las cruzadas, un acerado guantelete de Ricardo Corazon de Leon, las espuelas de oro del Duque de Borgoña y uno de los bastones de mando del gran Condé; frente á él el retrato de Mirabeau, hecho por David, representándole en el momento de pronunciar en la tribuna uno de sus más brillantes discursos, destacándose sobre un fondo oscuro la figura del orador en actitud enérgica, con su brazo derecho tendido, rígido, imponiéndose á la Cámara, con su arrogante cabeza echada hácia atrás, suelto el empolvado cabello, brillante la mirada, desdeñosa la boca y enhiesto el robusto cuello, semejante al leon en el momento del ataque; con su blanca y anchísima corbata cuyas dos puntas caen sobre el levantado pecho cuya agitada respiracion pretende romper la chupa de raso perla, la casaca abierta y echada atrás con desenfado y su pierna nerviosa y elegante cubierta de raso blanco perfectamente encajada

en un movimiento lleno de brío como digna base de aquella figura llena de majestad é inteligencia: en otro lado hermosos países de Vernet representando rebaños que retozan bajo un espléndido sol de primavera, y diseminados, sin orden severos sillones góticos, voluptuosos divanes de Luis XV y almohadones bordados en Tiro ó Calcuta: sobre monumental mesa sostenida por seis columnas salomónicas que terminan en garras de león y que denuncia la abadía señorial de que proceden, multitud de libros de consulta: á la derecha en el muro del salón figuran medallas de todas las épocas, bustos del tiempo del Rey Clodoveo, bajo relieves de Carlo-Magno, monedas de los Enriques de Valois y banderas cogidas á los ingleses en la Rochela, un retrato de María de Médicis y otro de Gabriela de Estreés á los lados de un magnífico Cristo de Velazquez, y encerrados en marcos de oro antiguos manuscritos en pergamino, hechos por los frailes gerónimos con aquellas tintas vivisimas que hoy constituyen nuestra admiración, y en todas partes, sobre todos los muebles, revueltos y confundidos, libros de todos los tiempos y todos los autores, desde el *Evangelio* hasta el *Korán*, desde el *Figaro* hasta el *Compadre Mateo*; junto á un drama de Calderon, una comedia de Moliere; al lado de una crítica de Sismondi, una composición poética en honor de la Dubarry; encima de la mesa un trozo de su último discurso, una empezada y no concluida carta de amor, unas cuartillas con una traducción de Tácito, una impresión sobre la última tragedia hecha por Talma, una nota diplomática, la última sátira contra los enciclopedistas y un proyecto de Constitución; plumas rotas por no haber obedecido prontamente á la mano que les impulsaba, cajas de oro encerrando pastillas perfumadas y otros mil objetos, y en todas partes chineros de porcelana, vasos del Japón, platos de Palissy y jarrones de Lucca, conteniendo aromáticas flores que con su esencia embriagaban el ambiente y cuya vista era una verdadera necesidad para el gran tribuno, que compartía con ellas su amor desenfrenado á las mujeres.

Hablábase también de un dorado gabinete donde no penetraban más que los amigos privilegiados; decíase que allí se rendía culto ardentísimo á la belleza en todas sus manifestaciones; que sus muros de raso perla se hallaban cubiertos por las más voluptuosas concepciones que el pincel produce, como el «Jardín del amor,» de Rubens, la *Danæ* de Tiziano

y la Venus incomparable del mismo; que sobre pedestales de pórfido rojo campeaban las más reputadas bellezas escultóricas, entre las que descollaban la Venus de Milo, rodeada de primorosas estatuillas debidas al cincel de Saix; que los venecianos espejos perpetuamente alumbrados por multitud de bugías de rosada cera reproducían hasta lo infinito escenas de voluptuoso abandono, que oculto por macetas de barro granadino y escondido entre blancas y vaporosas colgaduras de encaje, formando pabellones cogidos con lazos de frescas flores, se hallaba un baño de blanquísimo mármol que semejaba un cisne abriendo sus alas; que la atmósfera se hallaba perpetuamente cargada de perfumes orientales; y en fin, que allí recibía sus inspiraciones el tribuno cuya sensual naturaleza respondía siempre con brillantes rasgos de ingenio á tan diversas y sábaricas emociones.

III.

Jamás orador alguno produjo más efecto en la Cámara: su elocuencia era tan extraña, tan completamente diferente de la que estaban acostumbrados los franceses, que cada discurso suyo era un triunfo gloriosísimo: supo encarnar en su persona los deseos y aspiraciones de la Francia moderna; y tal era su grandeza, que, como dice Víctor Hugo, «conquistando derechos para el pueblo parecía que se los regalaba;» pero donde su elocuencia brillaba en todo su esplendor era en aquellas interrupciones que detienen al orador en medio de su discurso como herido por una flecha acerada. ¡Desgraciado del interruptor en aquellos momentos! Mirabeau le envolvía en su mirada aquilífera, revolviendo sobre él sus sangrientos ojos, y abandonando inmediatamente su empezado discurso lanzaba sobre él los rayos de su elocuencia envuelta en el trueno de su arrebatadora palabra, que al chocar con el relámpago de su ira ofrecía una improvisación oratoria tan ardiente, tan impetuosa y tan cruel, que sorprendía todos los ánimos, teniendo á sus oyentes jadeantes, nerviosos y amedrantados pendientes de sus labios: recogía como el tigre sus músculos de acero y empezaba la lucha; nada perdonaba á su contrario, le atacaba por todas partes; todos los sitios le parecían convenientes para herirle; sacaba á plaza sus pasiones, sus defectos, sus ridiculeces, sus vicios, la vida pública y la vida privada, sus ambiciones, sus deseos, sus torpezas, sus crímenes, nada era para él sa-

grado, necesitaba su sangre, sus nervios, sus músculos, su espíritu y su materia, y diseccionando con su sangriento escalpelo hasta el fondo de su corazón hacia con él lo que hace con el cadáver el hábil anatómico, y después de no dejar entero más que su esqueleto, lanzaba éste al aire en medio de la agonía de los espectadores, y arrojaba los huesos de la víctima pulverizados á un rincón como cosa inútil, siguiendo después su interrumpido discurso, cubierto el rostro de sudor, rígidos los miembros, la mirada centelleante y la actitud insolente.

IV

Tantos excesos de trabajos y placeres, debían tener un próximo fin, y le hallaron; el Conde se sintió después de un día de luchas en la Cámara y una noche de placer en medio de la orgía, herido de muerte: París entero acudió á su casa, y la noche última de su enfermedad las losas de su calle y sus escaleras sirvieron de lecho á multitud de sus apasionados; parecía que con él moría todo lo heroico; y él, que había acostumbrado á su pueblo á que le mirase como á uno de los héroes de las antiguas edades, se dispuso á caer, como el atleta romano, en la actitud más académica; su gran valor no le abandonó un solo momento, y frente á frente con la muerte supo conservar su grandeza; sus admiradores hubieran deseado conservar su vida aun á costa de la suya; hubo algunos que ofrecieron su sangre para intentar la trasfusión; pero todo fué inútil; viendo acercarse su último momento, pidió flores y música; y con la alta conciencia de lo que Francia perdía con su muerte, rindió un tributo á la madre común, que le recibió en su seno, regado por las lágrimas de aquel pueblo que veía en él su más celoso representante.

Doscientos mil espectadores asistieron á sus funerales: jamás rey alguno tuvo tantas lágrimas y oraciones; la solemnidad del fúnebre cortejo era interrumpida por los sollozos de la muchedumbre; su féretro desaparecía bajo sinnúmero de coronas; hendían los aires los acordes de marcha funeral; los representantes de la Nación llevaban luto oficial, marchando en apretado grupo detrás del carro mortuorio; los edificios públicos tenían bandera enlutada; negros crespones flotaban al aire desde las altas torres de Nuestra Señora; negras colgaduras cubrían los balcones del tránsito hasta el panteón de los hombres célebres que se hallaba en Santa Genoveva; el cañon tronaba de minuto en minuto; el duelo era ge-

neral; solamente no participaban de él las envidiosas medianías que con fingido dolor seguían el acompañamiento; bien sabían ellos que muerto el astro que les eclipsaba, aparecerían grandes; pero la Francia entera lloraba á su grande hombre, grabando con letras de oro en su historia su nombre inmortal, entretanto que ellos cruzaban el horizonte de la Pátria como esos fuegos fátuos que después de alumbrar por un momento con su pálido brillo la órbita en que giran, pasan y desaparecen sin que nadie vuelva á ocuparse de ellos jamás.

VICENTE DE LA CRUZ.

ARBOL GENEALÓGICO

É HISTORIA DEL REINO ANIMAL.

Mamíferos.—(Conclusion.)

Los monodelfos ó placentarios (*Monodelphia, placentalia*), forman la tercera y última sub-clase de los mamíferos, que es la importante, la más rica en especies y la más perfecta de todas, porque comprende á todos los mamíferos conocidos, á excepcion de los monotremos y de los marsupiales, y porque el hombre mismo forma parte de ella, puesto que ha venido evolucionando desde los grupos placentarios más inferiores.

Los placentarios, como su nombre lo indica, se diferencian de los demás mamíferos especialmente por su placenta. Ya sabéis que la placenta es un órgano muy curioso que desempeña un importante papel en la nutrición del feto contenido en la matriz ó útero. La placenta ó párias ó secundinas, es un órgano blando, esponjoso, de color rojo, de forma y volumen muy variables, formado en su mayor parte por una intrincada red de vasos sanguíneos. La importancia de la placenta consiste en que es el órgano en donde se verifica el cambio de sustancias nutritivas entre la sangre del útero materno y la del feto (*Véanse páginas 372 y siguientes del tomo I*). Los marsupiales y monotremos carecen de este órgano tan importante; pero los placentados difieren todavía de las otras dos sub-clases de mamíferos en muchas particularidades, como son, entre otras, la falta de huesos marsupiales, la mayor perfección de los órganos inter-

nos de la generacion, el desarrollo más completo del cerebro, y sobre todo de la gran comisura de los hemisferios, ó sea el cuerpo calloso. Los placentarios además no tienen la apófisis unciforme del maxilar inferior de que

antes me he ocupado. En el siguiente cuadro se ve con toda claridad cómo, bajo el punto de vista de los caracteres anatómicos, están los marsupiales ocupando el lugar intermedio entre los monotremos y los placentarios.

| Las tres sub-clases de los mamíferos. | Monotremos ú ornitodelfos. | Marsupiales ó dideifos. | Placentarios ó monodelfos. |
|--|----------------------------|-------------------------|----------------------------|
| 1 Cloaca..... | Permanente.... | Embrionaria..... | Embrionaria. |
| 2 Pezones de las glándulas mamarias... | Faltan..... | Existen..... | Existen. |
| 3 Clavículas anteriores soldadas en horquilla con el esternon..... | Hay soldadura... | No hay soldadura. | No hay soldadura. |
| 4 Huesos marsupiales. | Existen..... | Existen..... | Faltan. |
| 5 Cuerpo calloso cerebral..... | Poco desarrollado. | Poco desarrollado. | Muy desarrollado. |
| 6 Placenta..... | Falta..... | Falta..... | Muy desarrollada. |

Los placentarios presentan un grado de variedad y de desarrollo muy superior al de los marsupiales; así que, desde hace mucho tiempo, se los ha dividido en un número de órdenes que se diferencian los unos de los otros, sobre todo en la conformacion de los dientes y de las extremidades; pero de las diferencias que existen en la estructura de la placenta y en los distintos modos que tiene de adherirse á la superficie interna de la matriz, se obtienen otros caracteres mucho más importantes. En los dos órdenes más inferiores de los placentarios, que son los ungulados y los cetáceos, no se encuentra la membrana especial esponjosa, llamada membrana caduca ó *decidua* que se desarrolla entre las dos porciones materna y fetal de la placenta, porque esta membrana solo existe en los nueve órdenes superiores de placentarios. Podemos, pues, como lo hace Huxley, reunir estos nueve órdenes en un gran grupo que llamaremos de los *deciduados* ó *deciduos* (*Deciduata*), y los dos restantes de ungulados en otro grupo que llamaremos de los *indeciduos* (*Indecidua*). (Véase el cuadro 2.)

Pero la placenta no difiere solamente, en los diversos órdenes de placentados, en las importantes variaciones de su estructura íntima que resultan de la ausencia de la membrana caduca, sino en diferencias que existen en su forma exterior. La placenta de los indeciduos casi siempre está constituida por numerosas vellosidades aisladas ó diseminadas,

por lo cual llamaré á los animales comprendidos en este grupo *villi-placentarios* (*Villi-placentalia*). Estas vellosidades están, por el contrario, en los deciduados, soldadas ó reunidas, revistiendo diferentes formas su masa total; ó bien la placenta ciñe al embrión, formando en derredor de éste un anillo, una zona cerrada, en cuyo caso, como los dos polos del huevo prolongado están solos, no tienen ningun contacto con las vellosidades placentarias. Esto último sucede á los carnívoros (*Carnassia*) y á los queloforos (*Chelophora*), los cuales, por esta razón, se han reunido en un grupo con el nombre de *zonoplacentarios* (*Zonoplacentalia*). En los demás deciduados, por el contrario,—entre los cuales se cuenta el hombre,—la placenta forma un simple disco redondeado, por lo cual podemos darles la denominacion de *discoplacentarios* (*Discoplacentalia*). En este grupo figuran los cinco órdenes de los prosimios, roedores insectívoros, queiropteros ó quiropteros y simios, de los cuales no es posible separar al hombre en la clasificación zoológica.

Los placentarios proceden de los marsupiales, como lo demuestran, de comun acuerdo, la embriología y la anatomía comparada; y sin duda hácia el principio de la edad terciaria, durante el período eoceno, fué cuando se efectuó la importante formacion de la placenta. Por el contrario, una de las cuestiones genealógicas más espinosas y difíciles de resolver es si todos los placentarios han salido

de una ó de muchas ramas distintas del grupo de los marsupiales, ó en otros términos, si el origen de la placenta ha sido uno ó múltiple. En mi *Morfología general*, que es la primera obra en la que intenté trazar el árbol genealógico de los mamíferos, he dado la preferencia, siguiendo mi costumbre, á la hipótesis monofilética, monoradical: admito, pues, que todos los placentarios descienden de un solo tipo marsupial, en el cual se desarrolló por primera vez la placenta. En conformidad con esta hipótesis, los villiplacentarios, los zono-placentarios y los discoplacentarios deben ser tres ramas divergentes de aquella forma antepasada y única; y aun se puede admitir que los dos últimos grupos, los deciduados, han salido más tarde de los indecíduos, los cuales á su vez han procedido inmediatamente de los marsupiales. Poderosas razones, sin embargo, existen en apoyo de la hipótesis contraria, según la cual los diversos grupos de placentarios deben haber salido de diversos grupos marsupiales, en cuyo caso deben haber existido muchas formaciones primitivas é aisladas de la placenta. Así piensan el ilustre zoólogo inglés Huxley y otros muchos sábios, según los cuales los deciduados y los indecíduos deben formar dos grupos completamente distintos desde su origen. En este caso, el orden de los ungulados, entre los indecíduos, habrá sido tal vez el grupo antepasado salido de los marsupiales baripodos (*Diprotodon* y *Nototherium*); y entre los deciduados se podría considerar como grupo antepasado común á los diversos órdenes, el de los prosimios, que habrá procedido de los marsupiales pedimanos; pero también podría suceder que los deciduados hubiesen procedido de diversos órdenes de marsupiales, por ejemplo: los carnívoros deciduados, de los marsupiales carnívoros; los desdentados, de los marsupiales desdentados; los prosimios, de los marsupiales pedimanos, etcétera. Como carecemos actualmente por completo de las pruebas experimentales que podría proporcionarnos la paleontología, con las cuales se resolvería esta importante cuestión, renuncio á continuar ocupándome de ella, y paso á hacer la historia de los distintos órdenes de placentarios, cuyo árbol genealógico puede construirse con muchos detalles y todo lo completo que es de desear.

Conviene considerar al orden de los ungulados, según os he indicado antes, como el grupo más importante de los indecíduos ó villiplacentarios; de él han procedido, sin duda, posteriormente los cetáceos, por efecto de la

adaptación á diversos medios. El origen de los desdentados es todavía muy oscuro; tanto que hasta hace muy poco tiempo se les colocaba sin razón entre los indecíduos.

Los ungulados figuran entre los mamíferos más interesantes, porque demuestran de un modo evidente que para comprender con claridad el parentesco natural que existe entre los animales, no basta estudiar los tipos actuales, sino que es preciso completar este estudio con el exámen de sus antepasados extinguidos y fósiles. Si, por ejemplo, nos limitamos, siguiendo la costumbre admitida, á estudiar los ungulados actuales, claro es que su división natural parece ser en tres órdenes distintos, á saber: 1.º el de los soliungulados ó equinidos (*Solidungula* ó *Equina*); 2.º el de los biungulados ó rumiantes (*Bisulca* ó *Ruminantia*); y 3.º el de los poliungulados ó paquidermos (*Polyungula* ó *Pachyderma*). Pero si incluimos en esta clasificación á los ungulados extinguidos de la edad terciaria, de los cuales poseemos muchos importantes restos fósiles, al punto veremos cómo estas categorías, especialmente la de los paquidermos, son artificiales, y cómo éstos son simples fragmentos del primitivo grupo de los ungulados, cuyos fragmentos están íntimamente unidos por medio de formas transitorias. La mitad de los paquidermos, que comprende el rinoceronte, el tapir y el *Palæotherium*, se aproxima mucho á los caballos, y como ellos está caracterizada por tener un número impar de dedos. Los demás paquidermos, por el contrario, como son el cerdo, el hipopótamo y el *Anoplotherium*, tienen un número par de dedos, por lo cual se aproximan á los rumiantes mucho más que las otras especies de su orden. Es preciso, pues, que empiece por dividir á los paquidermos en dos grupos ú órdenes naturales, á saber: los paquidermos con número par y los con número impar de dedos, cuyos dos órdenes serían dos ramas divergentes salidas, al principio de la edad terciaria, del grupo antepasado de los ungulados primitivos (*Prochela*). (Véanse los cuadros números 4 y 5.)

El orden de los ungulados con dedos impares ó impariungulados (*Perissodactyla*) comprende los ungulados cuyo dedo medio ó tercero está mucho más desarrollado que los otros, hasta el punto de constituir en realidad la parte media del pié. Pertenecen á este orden, en primer lugar, el antiguo y antepasado grupo de todos los ungulados, ó sea el que debe llamarse de los proungulados (*prochela*), el cual aparece ya representado en las más

antiguas capas eocenas (*Lophiodon*, *Coryphodon*, *Pliolophus*). Se relaciona inmediatamente con este grupo la rama de los *Paleoteridos*, tipo antepasado de los ungulados con dedos impares y que existe en el estado fósil, en el eoceno superior y en el mioceno inferior. De los *Paleoteridos* han salido, como dos ramas divergentes, por una parte los *nasicornios* (*Nasicornia*) y los *elasmoteridos* (*Elasmotherida*), y por la otra los tapires, los lama-tapires y los arquiteridos ó caballos primitivos, cuya rama, extinguida desde hace mucho tiempo, forma la trasmisión entre los paleoteridos, los tapires y los hipariones, que ya se aproximaban mucho á los caballos actuales.

El segundo gran grupo de los ungulados, es el orden de los pariungulados (*Artiodactyla*), en los cuales el dedo medio ó tercero, y el cuarto están desarrollados próximamente del mismo modo, de suerte que su plano de separación divide también al pié en dos partes iguales. Este grupo se divide en dos órdenes, el de los cerdos (*Chaeromorpha*); y el de los rumiantes. A los choeromorfos pertenece desde luego la otra rama de los ungulados primitivos, la rama antepasada de los *Anoploteridos*, que considero como el tronco antepasado y común de todos los pariungulados ó artiodactilos (*dicobuno*, etc.) De los anoploteridos han salido, por una parte, los antrácoteridos, y por la otra los jifodontes; los primeros se aproximan al cerdo y al hipopótamo, y los segundos á los rumiantes. Los rumiantes más antiguos (*Ruminantia*) son los dremoteridos, de los cuales proceden las tres ramas divergentes de los cervinos (*Elaphia*), de los cavi-cornios (*Cavicornia*) y de los camellos (*Tylopoda*); sin embargo, los últimos se aproximan más á los impariungulados que á los verdaderos ungulados con dedos pares. En el cuadro taxonómico núm. 4 se ve cómo pueden agruparse los ungulados según esta hipótesis.

La notable familia de los cetáceos (*cetacea*) ha salido sin duda de los ungulados, los cuales habiéndose hecho exclusivamente acuáticos, han tomado la forma exterior de los peces. A pesar de esta forma exterior tan notable, son los cetáceos, como Aristóteles ya lo había llegado á conocer, verdaderos mamíferos. Por toda su estructura interna, aparte de las modificaciones que ha exigido su adaptación á la vida acuática, se aproximan los cetáceos á los ungulados mucho más que á todos los mamíferos, teniendo como los ungulados una placenta villiforme y careciendo de membrana caduca.

Todavía en la actualidad forma el hipopótamo (*Hippopotamus*) una especie de lazo de unión con los sirenios (*Sirenia*), por lo cual es muy posible que el extinguido tronco antepasado de los cetáceos haya estado muy próximo á los sirenios actuales y tal vez habrá salido de los ungulados con dedos pares, que son parientes del hipopótamo. El orden de los cetáceos carnívoros (*Sarcoceta*) parece que ha procedido ulteriormente del orden de los cetáceos botanófagos (*Phycoceta*), al cual pertenecen los sirenios, y que por lo tanto parece encerrar los tipos antepasados de la tribu. Según Huxley, sin embargo, los sarcocetas han tenido otro origen; supone este naturalista que han descendido de los carnívoros, y en especial de los carnívoros pinnípedos. A los sarcocetas pertenecen los gigantescos zeuglodontes extinguidos (*Zeugloceta*), entre los cuales figura el *Hydrarchus* cuyo esqueleto fósil, que recibió el nombre de «serpiente de mar,» hace algún tiempo que produjo gran admiración. Los zeuglodontes parecen ser una rama lateral y especial de los autocetas (*Autoceta*) que comprende, además de la colosal ballena franca; al cachalote, á los delfines, al narval, á los marsuinos, etc.

El original grupo de los desdentados constituye una agrupación aislada. Esta sección comprende los dos órdenes de los desdentados cavadores (*Effodientia*) y de los bradípodos (*Bradypoda*). El orden de los cavadores se subdivide en dos sub-órdenes, que son: el de los hormigueros (*Vermilinguia*), al cual se deben agregar los pangolines, y el de los tatos ó tateijos (*Cingulata*), que desde muy antiguo estuvo representado por los gigantescos glyptodontes. El orden de los bradípodos se divide también en dos sub-órdenes, que son: los perezosos actuales (*Tardigrada*) y los pesados desdentados extinguidos (*Gravigrada*). Las inmensas osamentas fósiles de aquellos colosales hervívoros indican que toda la tribu de los actuales desdentados no es más que un insignificante resto de los poderosos desdentados del período diluvial. Las íntimas relaciones que existen entre los actuales desdentados de la América del Sur y los gigantescos tipos extinguidos han causado en Darwin tal impresión cuando por primera vez recorrió la América meridional, que hicieron nacer en él la idea de la teoría genealógica. La genealogía de esta tribu es precisamente muy difícil; recientes investigaciones han venido á demostrar que los bradípodos son discoplacentarios y que están muy próximos á los prosi-

mios. Es probable que los desdentados cava-dores, colocados hasta ahora con los bradipod-
dos entre los indecidos, tengan una placenta discoidea y una membrana caduca.

Dejando ahora la primer gran division de los placentados, ó sea la de los indecidos, pasaré á ocuparme de la segunda, ó sea la de los deciduados, que difiere esencialmente de la primera por la presencia de una membrana caduca durante la vida embrionaria. El primer grupo que se nos presenta es el notable, aunque pequeño, de los lemuriens ó prosimios (*Prosimice*) en gran parte extinguido, y al cual sin duda han pertenecido los antepasados terciarios antiguos, ó eocenos del hombre. Estos interesantes animales son sin duda la posteridad poco modificada de los primitivos placentarios, que se deben considerar como el comun y antepasado tipo de todos los deciduados. Hasta la fecha se ha reunido á estos animales con los monos, comprendiéndolos en un mismo orden que Blumenbach habia llamado orden de los cuadrumanos (*Quadrumania*); pero yo, que creo se los debe separar por completo, lo hago así, no solo porque se diferencian de los monos mucho más que estos entre sí, sino porque comprenden tipos transitorios en extremo interesantes que los unen á los demás órdenes de los deciduados. De todo esto deduzco que los pocos prosimios que actualmente existen, muy distintos entre sí por otra parte, son los últimos sobrevivientes de un grupo antepasado muy numeroso, del cual han salido, como dos ramas divergentes, los demás deciduados, á excepcion tal vez de los carnívoros y de los quelóforos. Es posible tambien que el antiguo antepasado grupo de los prosimios proceda de los marsupiales pedimanos que tanto se les parecen por la trasformacion de sus extremidades posteriores en manos prensiles. Aquellas antepasadas y primitivas formas, nacidas probablemente durante el período eoceno, han desaparecido desde hace mucho tiempo, lo mismo que la mayor parte de los tipos transitorios que las unian á los demás órdenes de los deciduados; sin embargo de esto, se han conservado entre los actuales prosimios algunos de aquellos tipos transitorios, como sucede, entre otros, con el notable quiromis de Madagascar (*Chiromys Madagascariensis*), que es lo que queda del grupo de los leptodáctilos y forma el lazo de union con los roedores. El original galeopíteco de las islas del Pacífico y de la Sonda, único resto del grupo de los ptenopleuros, constituye una perfecta transicion entre los prosimios y los quei-

rópteros; los macrotarsos (*Tarsius, Otodinus*) son los últimos restos de la rama antepasada (*Macrotarsi*), de la cual han salido los insectívoros; y los braquitarso, por último (*Brachytarsi*), se relacionan con los verdaderos monos. A los braquitarso pertenecen el maki de cola larga (*Lemur*), el indris de cola corta (*Lichanotus*) y el loris (*Stenops*); estos últimos deben parecerse mucho á los prosimios, probables antepasados del hombre. Los macrotarsos y braquitarso están en el dia dispersos en las islas del Asia meridional y del Africa, especialmente en Madagascar, y aun hay algunos en el continente africano; pero hasta ahora no se ha encontrado en América ningun prosimio vivo ó fósil. Todos viven solitarios, son noctámbulos y trepan á los árboles.

En el último lugar de los seis órdenes de deciduados, los cuales han salido probablemente de los prosimios hace mucho tiempo extinguidos, debe colocarse el orden numeroso de los roedores (*Rodentia*), entre los cuales se encuentran los roedores sciurormorfos (*Sciuromorpha*), muy próximos á los quiromis. De este grupo antepasado han salido, sin duda, como dos ramas divergentes, los miomorfos (*Myomorpha*) y los histicormorfos (*Hystriomorpha*), de los cuales, los primeros por los mioxidas eocenos, y los segundos por los psamomictidos eocenis, se unen inmediatamente á los sciurormorfos. El cuarto orden, ó sea el de los lagomorfos (*Lagomorpha*), se ha separado más tarde de uno de estos tres subórdenes.

Con los roedores se relaciona íntimamente el notable orden de los quelóforos (*Chelophora*), del cual solo viven en Asia y Africa dos géneros, que son los elefantes y los damanes ó *Hyrax*, cuyos dos géneros se han colocado hasta la fecha entre los verdaderos ungulados, á los cuales se parecen en la conformacion del pié; pero se observa tambien, en los verdaderos roedores, una trasformacion análoga de la uña ó de la garra, en casco, y precisamente en aquellos subungulados (*Subungulata*) que viven exclusivamente en la América del Sur. Se encuentran en estos roedores, al lado de animales muy pequeños (conejo de Indias (*Kerodon moco el cabiai*), el más grande de los roedores (*Hydrochærus capybara*), que tiene próximamente cuatro piés de largo. Los damanes, que exteriormente son muy análogos á los roedores, sobre todo á los roedores ungulados, han sido ya colocados entre ellos por algunos notables zoólogos, que los han hecho figurar en un suborden (*Lamnungia*)

habiendo, por el contrario, considerado á los elefantes, cuando se les colocaba entre los ungulados, como un orden distinto, llamado de los proboscídeos (*Proboscidea*); pero los elefantes y los damanes se parecen mucho en la forma de la placenta, por cuyo carácter se separan completamente de los ungulados que nunca tienen membrana caduca, mientras los elefantes y los hyrax la tienen. Su placenta, sin embargo, no es discoidea, sino zonaria, como la de los carnívoros; pero es posible que esta disposición en fajas de la placenta sea simplemente secundaria y derivada de la forma discoidea, en cuyo caso se podría suponer que los quelóforos han salido de una rama de los roedores, del mismo modo que los carnívoros se han ido formando poco á poco de una rama de los insectívoros. Sin embargo, los elefantes y los damanes están más cercanos de los roedores, y especialmente de los roedores ungulados, que de los verdaderos ungulados, como lo indican otras relaciones que entre unos y otros existen, y especialmente la conformación de importantes piezas óseas. Hay además otro hecho que viene á apoyar esta opinión, y es, que muchas formas extinguidas, en especial los notables toxodontes (*Toxodontia*) de la América del Sur, están por muchos conceptos, ocupando el lugar intermedio entre los elefantes y los roedores. Que los elefantes y damanes actuales no sean sino los últimos sobrevivientes de un grupo de quelóforos muy numeroso en otro tiempo, es hipótesis que está sólidamente sostenida, no solo por las numerosas especies fósiles de elefantes y de mastodontes, mayores unas y menores otras que los elefantes contemporáneos, sino por los curiosos dinoterios mioceños (*Gonyognatha*), que deben haber estado unidos á los elefantes por una larga serie de tipos intermedios y desconocidos. En resumen, la hipótesis más verosímil de todas las que en el día se puedan hacer sobre el origen y parentesco de los elefantes, dinoterios toxodontes y damanes, es que todos son los últimos restos de un grupo numeroso de quelóforos, los cuales á su vez han procedido de los roedores, y sin duda alguna de los roedores más próximos á los sub-ungulados.

El orden de los insectívoros (*Insectivora*) es un grupo muy antiguo que se aproxima mucho á la forma antepasada comun de todos los deciduados, y está muy cercano á los prosimios actuales. Este orden ha salido probablemente de los prosimios, que no diferían mucho de los actuales macrotarsos, y se divide en dos

sub-órdenes, á saber: los menotiflos (*Menotyphla*) y los lipotiflos (*Lipotyphla*). Los menotiflos, que probablemente son los más antiguos, se distinguen de los lipotiflos en que tienen un *cæcum*. A los menotiflos pertenecen los tupaías trepadores de las islas de la Sonda y los macroscelidos saltadores de Africa; y los lipotiflos están representados en nuestros países por las musarañas, los topos y los herizos. Por su género de vida y por su sistema dentario se parecen estos insectívoros á los carnívoros; pero por su placenta en disco y por sus grandes vesículas seminales, se acercan más á los roedores.

El orden de los carnívoros (*Carnasia*), es probable que haya salido de una rama extinguida hace mucho tiempo de los insectívoros, á principios del período eoceno. Este grupo es muy abundante en especies, á pesar de ser muy natural y de estar organizado muy uniformemente. Los carnívoros merecen ser llamados zonoplacentarios, en el sentido estricto de la palabra, por más que en rigor también merezcan los queirópteros igual denominación; pero como éstos se aproximan más por otros caracteres á los desdentados, ya me he ocupado de ellos al tratar de estos últimos. Los carnívoros se dividen en dos sub-órdenes muy diferentes exteriormente, pero muy parecidos en su estructura interna; estos dos órdenes, se llaman: carnívoros terrestres y carnívoros acuáticos. A los terrestres ó carnívoros (*Carnivora*) pertenecen los osos, los perros, los gatos, etc.; y merced á muchas formas intermedias extinguidas que poseemos, podemos construir aproximadamente su árbol genealógico. A los carnívoros acuáticos pertenecen las focas, la foca comun, la foca monje, la foca de capucha y las morsas, que representan una línea colateral que ha sufrido una especial adaptación. Por más que los pinnípedos se parezcan muy poco exteriormente á los carnívoros, se les aproximan mucho, sin embargo, por su estructura interna, por su sistema dentario, por su placenta especial en forma de zona, por lo cual creo que han salido de una de las ramas de los carnívoros, probablemente de los mustélidos (*Mustelina*), entre los cuales todavía figuran en la actualidad las nutrias (*Lutra*), y sobre todo los *Enhydris*, que son tipos de transición entre los pinnípedos que demuestran cómo el cuerpo de los carnívoros terrestres ha tomado, al adaptarse á la vida acuática, la forma de la foca, y cómo las patas de los primeros se han convertido en las aletas de los pinnípedos. La analogía que exis-

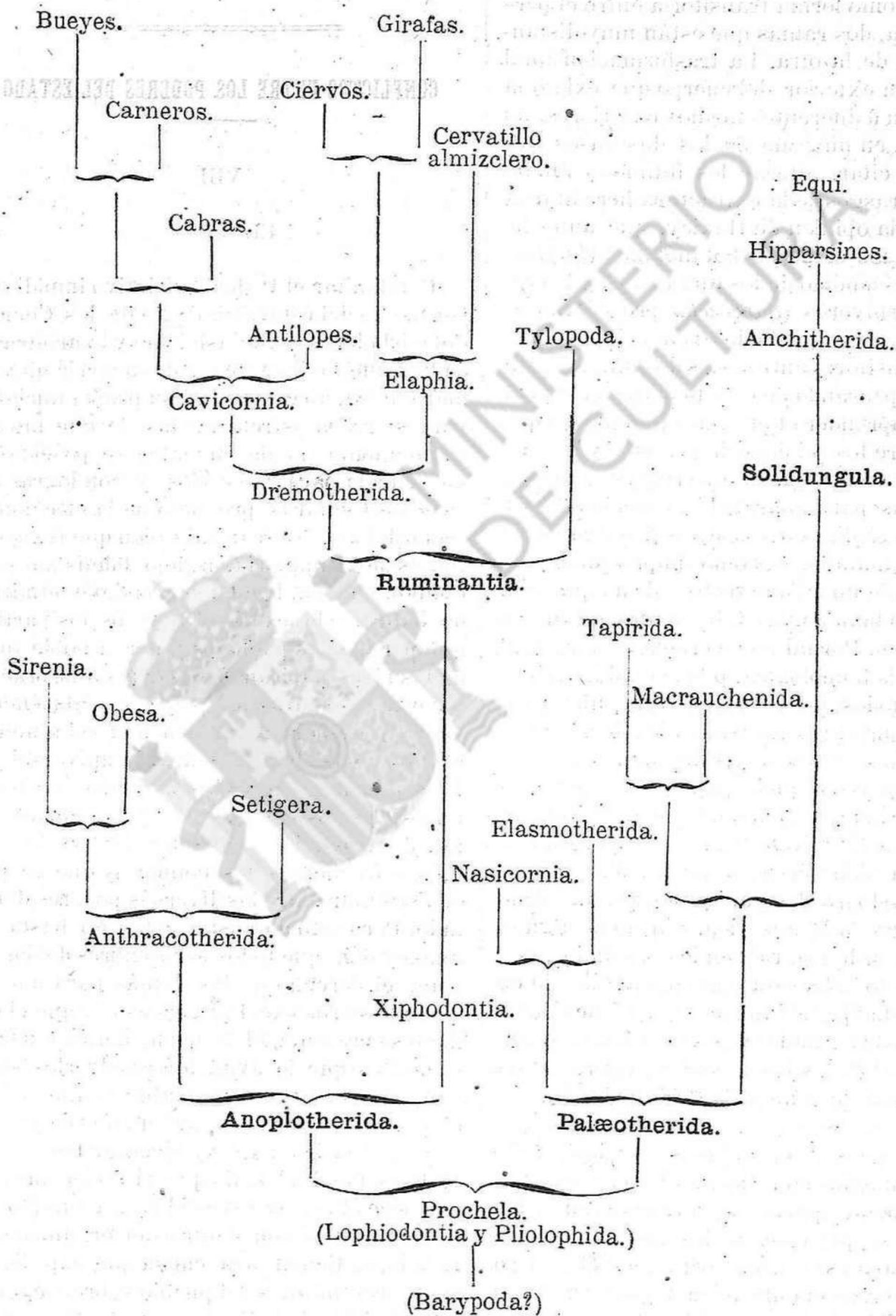
CUADRO TAXONÓMICO

de las secciones y familias de los ungulados.

NOTA.—Las familias extinguidas van señaladas con una +

| ORDENES de los ungulados. | SECCIONES DE LOS UNGULADOS. | NOMBRES DE LAS FAMILIAS de los ungulados. | |
|--|--|---|--|
| I. Ungulata. (<i>Perisodactyla</i>),..... | I. Prochela..... | { 1 Lophiodontia. + 2 Pliolophida. + | |
| | II. Tapiromorpha..... | { 3 Palæotherida. + 4 Macrauchenida. + 5 Tapirida. 6 Nasicornia. 7 Elasmotherida. + | |
| | III. Solidungula..... | { 8 Anchitherida. + 9 Equina. | |
| | IV. Chæromorpha..... | { 10 Anoplotherida. + 11 Anthracoderida. + 12 Setigera. 13 Obesa. 14 Xiphodontia. + | |
| | II. Ungulata. (<i>Artiodactyla</i>),..... | A. Elaphia..... | { a. { 15 Dremotherida. + 16 Tragulida. b. { 17 Moschida. 18 Cervina. c. { 19 Sivatherida. + 20 Devexa. |
| V. Ruminantia | | B. Cavicornia..... | { d. { 21 Antilocaprina. + 22 Antilopina. e. { 23 Caprina. 24 Ovina. 25 Bovina. |
| | | C. Tylopoda..... | { 26 Auchenida. 27 Camelida. |

ARBOL GENEALÓGICO DE LOS UNGULADOS.



te entre unos y otros no ha variado, á pesar de esto, como sucede con la que existe en los indecídúos, entre los cetáceos y los ungulados. Del mismo modo que todavía en la actualidad sirve el hipopótamo de lazo de union entre las ramas extremas representadas por el buey y el lamantino (Sirenios), así ha persistido el *enhydris* como forma transitoria entre el perro y la foca, dos ramas que están muy distantes la una de la otra. La trasformacion total de la forma exterior del cuerpo que exigió la adaptacion á diferentes medios exteriores, no ha podido, en ninguno de los dos casos que acabo de citar, alterar los íntimos y fundamentales rasgos de la estructura hereditaria.

Segun la opinion de Huxley, que antes he expuesto, los cetáceos botanófagos (*Sirenia*) habrán descendido de los ungulados, y los cetáceos carnívoros (*Sarcoceta*) procederán de los pinnípedos, siendo los zeuglodontes una forma transitoria entre estos dos últimos grupos; pero pensando de este modo se hace muy difícil comprender el próximo parentesco que existe entre los cetáceos hervívoros y los carnívoros, y no nos queda otro recurso que considerar las particularidades especiales, por las cuales se diferencian estos dos grupos de los demás mamíferos, como simples analogías resultado de un mismo trabajo de adaptacion, y no como homologías procedentes de un comun origen. Por mi parte creo más verosímil la hipótesis homológica, por lo cual he considerado á todos los cetáceos como un grupo consanguíneo perteneciente á los deciduados.

El notable orden de los mamíferos voladores quirópteros ó queirópteros (*Chiroptera*) se aproxima mucho, lo mismo que el de los carnívoros, á los insectívoros. Este grupo, al adaptarse á la vida aérea, se ha trasformado del mismo modo que los pinnípedos lo han hecho al adaptarse á la acuática. Sin duda alguna tiene este orden su raíz en los prosimios, con los cuales todavía está íntimamente ligado en la actualidad por el intermedio del galeopiteco (*Galeopithecus*). De los dos sub-órdenes de quirópteros, el de los insectívoros (*Nycteridos*) ha salido probablemente más tarde de los quirópteros frugívoros ó rusetas (*Pterocynnes*), porque estos últimos se acercan más que los primeros, por muchos conceptos, á los prosimios.

Réstame ocuparme del último orden de los mamíferos, que es el de los monos (*Simiæ*); pero como á este orden pertenece el género humano en la clasificacion zoológica; como no es posible dudar que el hombre ha salido históricamente de una rama de este grupo, es

conveniente examinar más despacio el árbol genealógico de los simios, y dedicarle una lección especial, que será la siguiente.

ERNESTO HÆCKEL.

(Traducción de Cláudio Cuveiro.)

CONFLICTOS ENTRE LOS PODERES DEL ESTADO.

VIII.

EL VETO.

Con limitar el Poder legislativo impidiendo por medio del establecimiento de dos Cuerpos Colegisladores el exclusivismo y la arbitrariedad en que fácilmente puede incurrir una Cámara única, abandonada á su propia iniciativa y á los arrebatos reformistas de que tan frecuentemente ha de encontrarse poseida sin hacer nada para resistirlos; y con lograr que esas dos Cámaras, producto de la eleccion directa del pueblo; sean más bien que representantes de la mayoría, reflejo fidelísimo de la opinion pública, lo cual se consigue admitiendo dentro de la legalidad á todos los partidos que por medios pacíficos y por la noble lucha de las ideas aspiran á realizar en la práctica determinado principio político, y abriéndolos las puertas de la Asamblea merced á una ley electoral basada en el sufragio universal y en la representacion de las minorías, se harán imposibles las revoluciones y trastornos que tan desgraciadas consecuencias producen, y ménos frecuentes los conflictos que se pueden suscitar entre los diversos poderes del Estado. Pero esto no basta, como no basta que una ley diga que todos los hombres deben respetar el derecho de los demás para que ese derecho se respete. Para el caso de que el conflicto se presente, el Poder moderador necesita medios que le ayuden á resolverlos, como para el caso de que un hombre atente al derecho de otro, hacen falta tribunales de justicia encargados de cumplir y ejecutar las leyes.

Esas facultades, de que el Poder moderador necesita estar revestido para cumplir dignamente su mision dentro del organismo del Estado, ni tienen otra causa que impedir que los representantes del pueblo sobrepongan su voluntad á la de la Nacion, que deben expresar fielmente, ni otro origen que la soberanía,

fuerza de donde se derivan todas las instituciones políticas; ni son tan extraordinarias y absolutas que lejos de responder á la necesidad que las ha creado puedan un día hacer imposible la práctica normal y ordenada del régimen representativo. Les da carácter la existencia de un poder superior, que colocado sobre las luchas y los antagonismos, de los tres que tienen un carácter activo dentro del gobierno, los regulariza y equilibra; teniendo por consejero la opinión pública y por ideal la justicia; son garantías de que la fuerza no prevalecerá contra el derecho y si como deben no están todas las veces limitadas por la Constitución, lo están siempre por la voluntad general, en contra de la cual son impotentes.

De esas facultades es sin duda la más importante el *veto*. La ciencia política la ha señalado siempre el primer lugar entre las prerogativas del Jefe del Estado, y la historia, hablándonos de las revoluciones á que ha dado lugar una mala inteligencia de lo que el poder del *veto* significa, ha confirmado esa supremacía que nosotros, ni reconocemos ni negamos si ha de ser motivo para discusiones inútiles.

Entre los que consideran que el *veto* debe ser necesario, y por consiguiente absoluto, tanto por la dignidad del monarca como por la ejecución de las leyes mismas, toda vez que el ejercicio del *veto* se funda en el principio racional de que conviene rechazar completa y terminantemente todas las reformas que el jefe del Estado no juzgue provechosas ni oportunas, y los que creen que las Naciones no tienen derecho para conceder á sus monarcas ni siquiera el *veto* suspensivo, porque los pueblos no pueden hacer nada de lo que los destruiría, ni la voluntad general de una Nación unánime nada que sea injusto, y establecer el *veto* sería destruir la soberanía y reconocer en las Naciones el derecho de suicidio, que á los individuos se niega; entre los que reconocidos saludan el *veto* como el único baluarte capaz de resistencia donde los monarcas constitucionales pueden defenderse contra el delirio de un Poder legislativo ávido de reformas políticas, y los que miran esa facultad del Poder moderador como el más poderoso enemigo de la inviolabilidad de los monarcas y como un impulso irresistible que más ó menos tarde tiene que arrojarlos á las corrientes de la revolución, hay un término medio, el del *veto* suspensivo, que aceptamos como necesario al mantenimiento del equilibrio entre los orga-

nismos del Estado y como una garantía de la opinión pública.

Admitir lo contrario sería sancionar las anteriores exageraciones é ir en pos de ellas á una situación deplorable; á la tolerancia del despotismo ó á la anarquía legislativa. De esos dos peligros nos libra el aceptar el *veto* suspensivo. Nos libra de que una mayoría en la legislatura se sobreponga y domine á una mayoría en la Nación, porque los legisladores, renegando de su origen, quieran convertirse en tiranos del pueblo, en vez de prestarle sincero acatamiento, ó porque la opinión pública haya variado desde que las elecciones tuvieron lugar hasta el momento en que la reforma inútil se discute ó aprueba, y ya los mandatarios de la Nación no representan los deseos y las aspiraciones del mayor número; nos libra de las deplorables consecuencias á que da lugar una ley que aun siendo justa puede no ser oportuna en el momento que se quiere aplicar; nos libra de que el Poder moderador, equivocado acerca de la virtud de una reforma, la acepte ó rechace sin consultar antes al país, que es quien debe decidir la cuestión suscitada. En el primer caso impide una usurpación; en el segundo hace que la ley no se anticipe á las necesidades y los deseos del pueblo; en el tercero, pidiendo la ratificación del país, rinde ferviente culto á la soberanía, y es prueba de que el Jefe del Estado acepta noblemente el gobierno representativo.

Se dice en contra del *veto* «que el poder legislativo se hace por él divisible y enajenable: divisible, porque se crea y forma un nuevo elemento, una tercera esencia, una nueva rueda combatida por todos los principios, y que no puede servir para otra cosa que para detener el movimiento de la máquina á que indirectamente se ha querido agregar; enajenable, porque separándolo, arrancándolo del centro del corazón de la Nación, á quien únicamente puede pertenecer, se coloca en una parte muy diferente, como es el rey, que aunque sea jefe y caudillo de la Nación, no puede ser la Nación unánime (1).

La inexactitud de estas afirmaciones es bien notoria. Para que el Poder legislativo estuviese dividido en su origen ó para que tuviera una tercera manifestación en el régimen representativo, sería necesario que el

(1) Lopez (D. Joaquin María). La doctrina que analizamos acerca del *veto* es la expuesta por este distinguido orador en sus lecciones de Derecho constitucional. El señor Lopez comprendió las opiniones de Saint-Etienne, Malouet, Salas, Albeé, Gregoire y Atrai.

Poder neutro concurriera de algún modo á la formación de las leyes, y en ese trabajo no tiene parte alguna ó si la tiene, que de esto ya nos ocuparemos á su tiempo, la deberá á la sancion, no en modo alguno al *veto*. El *veto* suspensivo no autoriza al Jefe del Estado para que dé con su aprobacion vida á las leyes; no le permite rechazarlas; ni siquiera le faculta para desterrarlas á su voluntad por todo el tiempo que le plazca de las discusiones del Parlamento; le deja tan solo decir: esta ley me parece contraria á los deseos de la opinion pública, y voy á consultarlo al país para que éste, único juez competente en tales cuestiones, se declare por la tendencia que más útil y provechosa le parezca. Esto no es legislar, y por consiguiente ni el *veto* divide el Poder legislativo, ni ménos le enajena como que no implica la existencia de dos soberanías; antes afirma en bases indestructibles la de la Nación, única y necesaria.

Defiéndese también que el *veto* destruye la representación igual en el nombramiento de los mandatarios del pueblo y en la formación de las leyes, que es el fundamento y piedra angular del poder supremo, porque por él la voluntad de un hombre solo, que es el monarca, prevalece sobre la voluntad de todos los individuos de los Cuerpos Colegisladores. No hay tal cosa. La voluntad del monarca no pesa para nada en estos conflictos ni ménos tiene para qué prevalecer sobre la de los Cuerpos Colegisladores, si el *veto* es *suspensivo*, porque entonces no hay más voluntad que la de la Nación, que al ser consultada acerca de la conveniencia y oportunidad de una reforma eligiendo á los partidarios ó á los enemigos de ella, rectifica ó ratifica las decisiones de la legislatura que aprobó el proyecto de cuyas ventajas se duda. La voluntad del Poder neutro no es otra que la voluntad de la mayoría. En cumplirla está su interés; en adivinarla su gloria.

Pero no es esto solo. Además de estas acusaciones, con que se quiere combatir el *veto* procurando su desprestigio, hay otra más infundada y grave, cuyo alcance no desconocemos: la de suponer que el *veto* nos lleva por irresistible extraordinario impulso al abismo de la tiranía y de la opresion. No á otra cosa equivale el decir que si el *veto* se confía á un monarca discreto, osado, emprendedor y ambicioso de mando y superioridad, nos exponemos á que poco á poco invada todas las esferas del gobierno, y se erija en árbitro de los destinos del país; á que como los Tudores de Inglaterra, los monarcas se burlen del Parla-

mento; rechacen todas las reformas que á su capricho se antojen peligrosas; á que con una palabra, con aquella palabra que era la vergüenza del Senado romano y que como soberanos pronunciaban los tribunos de la plebe, puedan destruir la obra legislativa de mucho tiempo; á que en su negativa, en fin, se estrellen todas las aspiraciones y todos los deseos del país, que sólo apelando á un recurso violento podrá hacer valer sus derechos.

Con el *veto* suspensivo no estamos expuestos nunca á tan deplorables riesgos. Si empleado en favor de la opinion pública es beneficioso, en contra de ella es impotente. Ha nacido sujeto á la voluntad del pueblo, y al romper sus cadenas abriría su tumba.

Pero aun los enemigos del *veto*, los que quieren hacer del Poder legislativo una autoridad ilimitada y omnipotente, los que á fuerza de pedir su independencia quieren proteger sus excesos con la impunidad, comprenden que entregado á su sola direccion, puede producir la tiranía, y dicen que sin necesidad del *veto* se encontrará un preservativo para que las leyes no rueden por la pendiente de las pasiones y pueda la Nación detenerlas en esta fatal caída, mandando el Jefe del Estado que las reformas que le parezcan imprudentes se revisen por los representantes del pueblo, y siendo la sancion forzosa si estos á la tercera vez convenian en que la reforma era útil para los intereses y para la prosperidad del país. Esto sí que es inocente, si no perjudicialismo, á la importancia de ese Poder legislativo, cuyas prerogativas se aparentan querer salvar del despotismo á que el Jefe del Estado podría llegar por medio del *veto*. Adviértase que los que tal doctrina defienden no aceptan la dualidad de Cuerpos Colegisladores, sino que se deciden entusiastas por el sistema de la Cámara única. ¿Cómo vamos á lograr el contrapeso á los delirios de una Cámara que, equivocada acerca del alcance de su mision, está poseída de una fiebre ardientísima por las reformas? ¿Vamos á buscarle en el Senado, producto del sufragio universal directo pero representante de los intereses permanentes? No, porque no existe. ¿Vamos á disolver las Cámaras tres veces y á consultar otras tantas al país acerca de la conveniencia de aceptar una ley? Pues sobre dilatar demasiado tiempo la aprobacion de la reforma, si ésta es oportuna en el momento que se presente á las deliberaciones de la Asamblea, nos esponemos á sufrir las consecuencias, nada provechosas, de un largo periodo constituyente á cada ley que el Jefe

del Estado no estime oportuna. ¿Vamos, en odio á esos peligros, á determinar que una sola Cámara y los mismos Diputados revisen dos ó tres veces la reforma á que se negó la sancion? Pues no habremos hecho más que aceptar la impunidad del Poder legislativo, por que éste, sin más obstáculos que los que él mismo quiere poner á sus deseos, se reiria de ellos, juzgando que puede romperlos cuando quiera y entregarse sin temor á los arrebatos de sus revolucionarios instintos.

Las instituciones deben aceptarse por la bondad que en sí tengan, no desterrarlas por los abusos que con ellas se pueden cometer. Si desconociendo su naturaleza creemos que el *veto* suspensivo puede llevar al Monarca al despotismo, tendremos que negar toda virtud en el orden político. Si el Poder moderador, inspirándose en los móviles de justicia que deben guiar sus actos, no invade la esfera propia y privativa de los otros poderes, el *veto* será en sus manos auxiliar poderosísimo para resolver los conflictos á que daría lugar la aprobacion de una ley contra la que la opinion pública se manifestase hostil. Si se olvida de su noble é imparcial mision y quiere ejercer la tiranía, el *veto* suspensivo no le servirá de nada y en cambio la sancion obligatoria, despues de las tres revisiones de una ley, podria servirle de mucho desde el momento en que bastardeando el sufragio universal pudiera hacer diputados á su antojo, y tener sujeto á su apricho el poder legislativo.

El *veto* suspensivo es impotente para el mal y fecundo para el bien; por eso le aceptamos; el *veto* absoluto es un arma terrible que mata la libertad y al propio tiempo hiere á quien la emplea; por eso le rechazamos, por que queremos evitar el despotismo y las consecuencias de estas palabras que escribió Desmoulins: «el poder del *veto* tiene al fin un término, y un *veto* no impide la toma de la Bastilla, ni la revolucion.»

MIGUEL MOYA.

LA IDEA DE DIOS.

El estudio de la teodicea (teología natural) es el más noble ejercicio de la razon, el complemento de los estudios filosóficos, la mejor preparacion para la enseñanza de la verdad religiosa; estudio profundo y severo é imprescindible en los tiempos que alcanzamos, pues aunque en todas épocas encontramos una doble alternativa entre la sofística y la filosofía, entre la verdad y el error, ó al ménos entre la verdad completa y la verdad disimulada, hoy la ciencia en sus variadas formas aspira á resolver lo que otros ya procuraron; mas la inteligencia por sí sola nunca llegará á conseguir su fin, sus esfuerzos serán vanos, á no apelar á un principio superior que la fortifique é illustre; y aunque la ciencia pueda llegar á ser, bajo nueva faz, más radical ó más temible, como algunos desean, la razon al separarse de la fé se separa de sí misma, y como dice Santo Tomás, no sabe guardar íntegramente las verdades que tiene poder y mision de establecer; y si su divorcio ofrece cuadros desconsoladores; y si los espíritus inquietos que en el curso de los siglos vienen reproduciéndose con una intensidad creciente, nos avergüenzan, ellos son el motivo, ó al ménos la causa, de desear una alianza verdaderamente fundamental entre ambas, como resolucion más aceptable, científica y profunda en lo porvenir.

Y si al profesar, ó aspirar á comunicar, la fé de nuestros mayores, se nos califica de enemigos de la ciencia, apelaremos al pasado, y al ver nacer y asentarse la verdadera filosofía, casi al propio tiempo que la Iglesia, y transformarse con San Agustin, y llegar á nuestros dias conducida por génius como Santo Tomás y San Anselmo, Descartes y Leibnit, Bosuet y Fenelon, para confundir á los que acusan á la fé de disminuir la razon, ó viceversa, nos convenceremos que si la falsa ciencia crea fantasmas contra la verdad, la verdadera siempre termina por el acorde de la razon y de la fé. La mayor dificultad está en demostrar, en cuantas ocasiones se ofrezca, que los progresos de la razon, en vez de amortiguar ó extinguir la fé en el entendimiento, siempre van derechos á ésta, y al propio tiempo que la filosofía negativa, de la cual nos ocuparemos en este pequeño trabajo, termina á veces por la desesperacion y el suicidio. Indudable-

mente la union y reconocimiento de ambas decide de los destinos del mundo y del espíritu humano; su alianza, buscada y comenzada por los más grandes teólogos y filósofos de los tiempos pasados, ha revelado á la misma razon que vivifica y aumenta la fecundidad de su natural principio, y que de este modo el siglo XIX transmitirá engrandecida á los siguientes esa fecundidad creadora.

¡Sublime y magnífico porvenir el de la filosofía cristiana! A ella pertenece elevar la razon, y devolverla, por su union á Dios, la unidad perdida al separarse de la fé, que si á veces se ocupa de más problemas de lo que la es dado resolver, acepta los misterios, y si está expuesta al error en una materia en que el error puede ser mortal, no por esto ha de hacerse una abdicacion total que produzca el excepticismo; á los que rechazan unir á los adversarios de buena fé porque no salen de los fenómenos ó proclaman la identidad de los contradictorios, etc., etc., podria decirseles: si esos hombres piensan, aceptan la distincion de lo verdadero y de lo falso; si niegan la verdad, la poseen; si rechazan la razon, la reconocen, ¿por qué no manifestarles el tortuoso camino que siguen, ó los escollos en que pueden tropezar y caer? Decir que toda prueba es inútil, es no solo combatir á los grandes géneos que se han valido del raciocinio, sino exponerse á ser arrollado por el *ateismo*, á ser atormentado por abstracciones, ó á comprometer la más santa de las causas, dándola un paralogismo por base; y si no hay necesidad de refutar á los que no combaten, porque les es indiferente que haya ó no haya Dios, si el de predicarles; están en un letargo; la verdadera filosofía puede hacerles salir de él; en una palabra, darles nueva vida.

En cuanto á los que todo lo niegan, á los que en sus elucubraciones han llegado no solo á renovar el *ateismo*, sino á presentarle bajo nuevas formas, cuán inmensa no seria nuestra tarea si de ellos nos ocupáramos; más al través de esas formas y desviaciones, debemos buscar é impugnar el *ateismo*; no tenemos fuerza para tanto, ni ménos el talento necesario para asunto tan superior y sublime; pero sintetizando y reduciendo á su más mínima expresion, no solo lo pasado sino lo contemporáneo, é impugnando en su fondo ese trastorno sistemático y total de la razon, quizá deduzcamos el hecho amenazador, presentido y señalado hace muchos años por los sabios, á saber: el renacimiento bajo nuevas formas del *Ateismo* en el porvenir, y el deber y la necesi-

dad de combatirle á cada paso que dé; sino cumplimos con nuestro propósito, nos contentaremos con haberlo intentado y con desear que plumas mejor cortadas que la nuestra realicen en bien de la sociedad el pensamiento que preside á este escrito, que no es otro que el de popularizar doctrina que todos deben conocer. De aceptar, pues, á exponer ó impugnar cual se merece esa enfermedad del alma, como la llamó Platon, ese fenómeno *teratológico* de que habla un filósofo moderno, esa iniquidad, esa insensatez, como la llaman algunos sabios de la Iglesia, habremos cumplido un deber y satisfecho un vivísimo deseo.

II.

Es el ateismo sistema que niega á Dios, y como consecuencia ulterior la Creacion y la Providencia; y le niega en todo ó en parte, que es el peor. Mentira parece que se haya negado esa verdad universal, esculpida en el corazon humano con caracteres indelebles, y á la que tierra y firmamento entonan de continuo himnos de amor y alabanza; el alma se estremece ante la idea de que sea la más perfecta de las criaturas la que haya renegado de esa idea, de ese nombre místico y sacrosanto, cuya radical (*iaon Jeovach*) es la alfa y omega de la vida, raiz que significa el *ser* que *era*, que *es* y que *será*, única sávia que alimenta y redondea nuestros pensamientos, infinito absoluto en su nocion verdadera y creadora; mas dijo San Pablo: «vendrá un tiempo en que no pudiendó los hombres sufrir el yugo de la sana doctrina, buscarán maestros, y huyendo de la verdad, oirán fábulas y ficciones... y el insensato exclamará: ¿no hay Dios?» (1) Y esos tiempos existieron y existirán, porque si la fuente del *ateismo* es la corrupcion; si este vicio es peculiar de los grandes y soberbios del mundo, así como hubo hombres que llevados del orgullo maldijeron de la luz, bien podrá suceder que se reproduzcan, y más cuando entre los diversos sistemas predominantes se nota ese sintoma grave, pero muy grave, que hemos indicado: hoy, cuando ménos, se conocen: uno *especulativo*, como el de Hume y Holvach, prendado de tal manera de esa claridad propia de la razon, ó adorador de la naturaleza con tal fuerza, que ahoga en sí la necesidad de la idea y el sentimiento de lo infinito; no lo comprende, y lo niega; otro *práctico*, como el de Ciceron, que sin formar sistema,

(1) Sal. 12.

sin negar explícitamente la causa de las causas, no piensa en Dios y sí en los intereses y placeres de la tierra. Autores hay que opinan que aunque se quiera no puede negarse la idea y la existencia de Dios; ¡tanta es la claridad con que brilla en el alma esta verdad! y creen que solo por perversidad, por otros vicios ó por interés, *nemo Deum negat nisi cisi ea pedit Deum non esse* (2), puede llegar el hombre á negar el Sér Supremo, en lo cual encuentran una prueba de la existencia de *Aquel*, pues que la negacion implica una creencia anterior, de que es posible cuando ménos, y la posibilidad de la existencia de Dios prueba ya su realidad; pero el *ateismo* ha sido reconocido por la Escritura y por los grandes génios que desde Platon á nuestros días se han ocupado en combatirlo, y honor de la filosofía es destruirle. El deber del teólogo será hacer ver que los autores sagrados conocieron perfectamente su carácter, su causa y efectos, y que el retrato que de él hicieron en su tiempo cuadra perfectamente al nuestro; mas el deber del filósofo, y así lo declaran los teólogos más sábios, será el de refutar sus diversas clases, demostrando la existencia de Dios por las pruebas que la sola razon nos sugiere, ya que la idea de Dios, como todos los grandes problemas que se relacionan á ese centro único, tocan á la ciencia entera, al mundo de las almas y al de los cuerpos, á la naturaleza y poder de la razon; y ya que hoy más que nunca hay un interés más directo y urgente, puesto que el campo en donde se encuentra la verdad y el error más trascendental está en los sistemas de los filósofos de estos últimos tiempos, que les han dado una solucion, al parecer positiva, aunque en realidad negativa. Así no nos ocuparemos de la nocion y legitimidad del conocimiento, ni de los llamados sensible, abstracto y racional, ni de sus leyes y legitimidad, ni de la teoría del conocimiento racional, inmanente ó trascendental, pues sobre llevarnos muy lejos, separándonos de nuestro principal cometido, seria hacer injuria á las autoridades que venimos citando; con la mejor buena fé creemos que la verdadera filosofía y la teología se hermanan y auxilian, deben marchar paralelamente por el camino que les está trazado, hasta llegar á descubrir y revelar al hombre la verdad, tal como puede poseerla en la tierra: y que si hay debates deben terminar, puesto que no sirven más que para sostener la division, dando lugar á sistemas

que si no temibles en el fondo, lo son al ménos por su novedad, oscuridad ó belleza de la forma. La razon humana no es capaz de conocerlo todo; pero las verdades que están á su alcance son absolutas, necesarias, con un valor objetivo; y todo su procedimiento consiste en elevarse, como por un vuelo, de lo finito, imperfecto y contingente, á lo infinito, perfecto y necesario.

Ahora bien: ¿cuáles son esos sistemas á que nos hemos referido, y que cual el *ateismo* pueden conducirnos á la negacion de Dios, ya en todo, ya en parte, es decir, en alguno de sus atributos, que tal es el último término á que estos vienen á parar? En lo antiguo el *dualismo* y *panteismo*, hijo éste de un sensualismo, materialismo ó naturalismo vario; en lo moderno el *idealismo trascendental*, dividido y subdividido hasta lo infinito hasta tocar en el *criticismo*, *positivismo*, y demás que se hallan á la órden del día, y de que hacemos gracia á nuestros lectores, pues suponemos los conocen bien, y á nosotros nos repugna todo lo que sea historia contemporánea.

El *dualismo* supone la coexistencia de dos principios eternos é independientes que han sido concebidos de dos modos: las religiones dualistas (maniqueismo) que presentan dos séres en perpétua lucha, el bien y el mal; y el dualismo filosófico, que parte del principio *nihilum nihil fit*, Dios motor y alma del mundo, pero no el primero y último principio de todas las cosas; algunas doctrinas, segun se inclinan á uno ú otro de los dos factores, pueden considerarse como una emanacion de éste; como la platónica, la aristotélica, ó la de los eleatas, que no ven en el Universo más que una pura ilusion; la de los alejandrinos (panteismo) que supone que Dios la sacó de sí mismo; ó el sistema tomístico, que al no admitir por reales más que las cosas finitas, revela la infancia del pensamiento, y es hijo, como el *excepticismo*, de un puro sensualismo. Explicando la coexistencia de Dios y el mundo, el dualismo alteró su nocion; no es extraño que haya desaparecido, aunque no debe olvidarse que la lógica materialista, basada en la experiencia, siempre concluye en la materia. Si Condillac ha dicho que por los sentidos se llega á Dios, y Comte que éste es la Humanidad, Buckner en nuestros días y con la balanza química en la mano reasume así su doctrina: «no hay fuerza sin materia; Dios es una fuerza creadora, luego Dios no existe.» *Ateismo, puro ateismo.*

El panteismo es un sistema que, pene tran-

(2) *Pensamientos de San Agustin*, traducido por Bacon.

do en todas las direcciones del pensamiento, consiste principalmente en concebir á Dios y al mundo como consustanciales; así es que considerado metafísicamente, es absurdo y contradictorio, porque tiene por esencia la identidad sustancial de lo finito é infinito, de lo perfecto é imperfecto; considerado en sus consecuencias, es la negacion de toda moral y de todo derecho; diviniza el mal, y contemplándole en su desarrollo histórico, le vemos terminar en su forma más natural, el ateísmo y materialismo, como en Oken y Fenerbados.

Y en efecto, todas las extravagancias y excentricidades del mundo helénico y romano se reproducen en los tiempos modernos. En el siglo XVIII existieron abusos que corregir, desórdenes que reprimir que el tiempo y las pasiones reprodujeron, y como el orgullo, que todo lo mata, ¡tal es el carácter de dicho siglo! concluyó por negarlo todo, bien puede aplicarse á su filosofía, que en gran parte ha heredado el siglo XIX, lo que Ciceron dijo de la antigua: «por absurdo que sea, nada puede imaginarse que no haya sido profesado por algun filósofo.»

El panteísmo moderno, en sus varias, múltiples y complejas formas, cuya sola enumeracion nos llevaria muy lejos, no es sino el ateísmo disfrazado del último siglo: filósofo hay, y por cierto bien moderno, que ya no se contenta con pronunciar la horrible blasfemia de que Dios es una palabra, sino que para explicar mejor su doctrina dice que ateo es simplemente un *hombre frívolo y sin gran moralidad*.

Pero detengámonos aquí, aunque sea con sentimiento. Si el *ateísmo* existió, existe y existirá mal que nos pese, ¿no es útil é interesante el combatir y confundir una y mil veces, tantas como sea posible el hombre que puede y debe hacerlo, doctrina tan desgarradora? El método histórico nos acaba de servir, aunque á grandes rasgos, para probar que existe, ya desembozado como el que enseñaba Protágoras, Lucrecio ó Vanihi, ya encubierto, que es el de peores condiciones y consecuencias; el ateísmo formal, más científico que el antiguo, tiene su escuela, y descansa sobre una base que se apellida *la ciencia moderna*.

Refutar uno á uno cuantos argumentos haya producido esa lucha en contra de la *idea*, y por ende de la *existencia de Dios*, no es, ni puede ser objeto de un pequeño artículo; pero demostraremos ésta insiguiendo el método más generalizado, y cada una de las pruebas nos darán al mismo tiempo otras contra el

ateísmo filosófico, y todas juntas la siguiente conclusion: «el ateísmo es la negacion de la existencia de Dios; Dios existe, luego el ateísmo no se concibe, es un absurdo, una aberracion, una locura, una iniquidad, una insensatez, el vicio más radical del corazón y del espíritu humano,» como le califica el ilustre profesor de la Sorbona.

(Concluirá.)

DOMINGO ALCALDE PRIETO,

Catedrático de la Universidad de Zaragoza.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

Proyecto de federacion de todas las Academias de Francia —El ingerto dentario y la trasplantacion de los dientes.—Empleo del teléfono en las investigaciones fisiológicas.—La fotografía y sus aplicaciones científicas.—La fotografía celeste.—Los registradores meteorológicos.—La foto-micrografía.

En una obra de que se ha dado cuenta en una de las últimas sesiones de la Academia de ciencias de París, sostiene M. Francisco Bouillier, miembro del Instituto, bastante conocido por trabajos filosóficos muy apreciados, una tesis que merece ser examinada, por más que, en nuestro concepto, no tenga la importancia que le atribuye el autor.

Después de trazar en dicha obra, titulada «La institucion de las Academias de provincia,» una historia muy completa de las relaciones de las Academias de París con las que existen desde hace mucho tiempo en las diversas regiones de Francia, se dedica M. Bouillier á demostrar que la Academia de ciencias, especialmente, no tiene ya á su disposicion los recursos y los medios de accion que antes tenia.

Nosotros, aun teniendo en cuenta la diferencia de los tiempos, creemos que la sabia corporacion goza hoy de una influencia tan grande como es posible, á pesar de los ataques dirigidos de vez en cuando á esta influencia por incidentes desgraciados. Sus opiniones y sus acuerdos se escuchan y respetan en todo el mundo, y es, á nuestro juicio, la que más trabaja y la que obtiene mayores resultados útiles al progreso general.

M. Bouillier echa de ménos los lazos que antiguamente unian á las Academias de provincia con la Academia francesa; relaciones sobre cuya naturaleza nos daba hace pocos dias interesantes y curiosos detalles en la conferencia celebrada en el Hotel de las Cámaras sindicales nuestro sábio y simpático colega M. Arturo Mangin.

No consideramos de grande utilidad el restablecimiento de semejantes lazos. Dejemos,

pues, que se opere la descentralización en los espíritus como en ciertos ramos de la administración y de la política.

Los sábios de provincia no tienen necesidad de venir á tomar la orden en París; en los diferentes centros intelectuales creados en los departamentos, prestarán más servicios á la ciencia en general si se dedican con más frecuencia al estudio de las cuestiones locales, á la solución de los problemas locales, y bastan publicaciones bien hechas, boletines y memorias, para que todo el mundo de la erudición se ponga al corriente de la marcha de las ideas y viva una vida común.

Nos falta espacio para desarrollar nuestras ideas sobre este asunto; más ya hemos dicho bastante para protestar contra una centralización intelectual que por ningún concepto nos parece oportuna.

Recientemente se ha hablado mucho acerca de un pretendido descubrimiento hecho en América y relatado en el *Dental Cosmos* por el doctor G. R. Thomas, el cual ha llegado á efectuar en su laboratorio la trasplatación de los dientes, el ingerto dental. Nada hay en ello de nuevo, exceptuando la introducción del procedimiento en los usos del arte del dentista.

Desde hace años saben perfectamente los fisiólogos que los dientes arrancados pueden volver á echar raíces, tanto en el mismo punto en que anteriormente habían estado como en otros muy distintos tegidos animales. Dos dentistas muy instruidos, compatriotas nuestros, M. Magitot y M. David, han demostrado también entre nosotros que el ingerto dental es una operación que debe hacerse usual.

Es cierto, pues, que este método quirúrgico en manos de practicantes hábiles é ilustrados, es susceptible de prestar verdaderos servicios.

M. Manéy ha encontrado en el teléfono un instrumento muy útil para ciertas investigaciones fisiológicas. Lo ha aplicado recientemente á medir la intensidad de las corrientes eléctricas producida por los torpedos, no por los torpedos empleados en las guerras marítimas sino por los pescados de este nombre.

Cuando una corriente de este género atraviesa un teléfono, éste produce un sonido de cierta naturaleza, da una nota que es fácil reconocer y correspondiente á cierto número de vibraciones. De este modo se tienen los elementos suficientes para comparar la fuerza de diversas descargas eléctricas mejor que con la mayor parte de los aparatos registradores que se usan en los laboratorios, aparatos siempre delicados y de exactitud muy variable. El nuevo medio de investigación, empleado por hábil experimentador, es capaz de dar los más curiosos resultados.

No creemos aventurar mucho al decir que para la inmensa mayoría del público, la fotografía no sirve apenas para otra cosa que hacer retratos, reproducciones de paisajes, monumentos, etc.

Se puede asegurar, sin embargo, que hoy no es eso lo que constituye la importancia de arte tan interesante. Vamos á aprovecharnos de un excelente folleto recién publicado por M. R. Radau para pasar revista á algunas de las aplicaciones de la fotografía.

La historia natural y la astronomía son las primeras ciencias que han procurado sacar partido del admirable descubrimiento de Niepce y Daguerre, llegando los astrónomos á utilizar tan bien los perfeccionamientos de la química fotográfica, que han conseguido hacer con la mayor facilidad el retrato de todos los mundos esparcidos en la inmensidad del espacio.

Respecto á la luna, ha obtenido magníficas pruebas M. Rutherford, con tiempos de posición que han variado desde un cuarto de segundo en la luna llena á dos segundos para el primero y el último cuarto. ¿Hay necesidad de hacer notar la inmensa importancia de estas imágenes que, fijando con claridad el aspecto del astro en un momento preciso, permiten reconocer más tarde las modificaciones experimentadas en la continuidad de los tiempos por la superficie del planeta y seguir las evoluciones geológicas de que puede ser centro?

Lo mismo en cuanto al sol. Herschel fué quien en 1854 inició la idea de fotografiar el sol. Y desde 1862 á 1872, en el Observatorio de Kiew, se han hecho, bajo la dirección de MM. Warren de la Rue, B. Stewart y B. Læwy, 2.778 fotografías del sol, obtenidas en mil setecientos veintinueve días de observaciones.

M. Janssen, que ha perfeccionado mucho este género de investigaciones, ha obtenido pruebas magníficas que permiten adquirir sobre la composición de la fotosfera nociones imposibles de adquirir por la observación directa.

Los eclipses, el paso de Venus sobre el sol, han proporcionado al método fotográfico soberbias ocasiones de hacer sus pruebas; aplicado al estudio de los grupos estelares, ha dado notables resultados, permitiendo la determinación rápida y precisa de las posiciones relativas de estrellas agrupadas en un espacio reducido.

Se podrían dar muchos interesantes detalles sobre esto; pero nos vemos precisados á abreviar, pasando á lo que puede llamarse la fotografía terrestre.

Esta ha empezado á prestar importantes servicios á la geografía, no solo por la reproducción exacta de los grupos montañosos y panoramas, sino también por la combinación y el arreglo de las pruebas obtenidas en diferentes puntos de vista de una misma región, se ha llegado á tener cartas topográficas de gran valor por su rigurosa exactitud.

La arqueología ha sacado ya de esto grandes ventajas, con la reproducción de monumentos y de inscripciones que la mano del hombre encargado de copiarlos podría alterar ó modificar más ó menos.

En cuanto á la lectura de los manuscritos, los resultados obtenidos son asombrosos. Se ha llegado á leer fotografías de manuscritos antiguos cuyos originales eran indescifrables; y más de un pergamino cuya escritura primitiva habia sido cuidadosamente borrada, ha revelado sus secretos ante el objetivo del fotógrafo.

La meteorología ha encontrado en la fotografía un auxiliar de los más preciosos. Gracias á ella, las oscilaciones del barómetro y del termómetro, las variaciones del magnetismo terrestre y las del estado eléctrico del aire, etc., todo esto ha sido registrado atentamente con admirable exactitud y precisión.

Hace dos años visitamos con M. Marie-Davy y algunos otros representantes de la ciencia francesa el Observatorio de Greenwich, cerca de Lóndres, y una de las cosas que más llamaron nuestra atención fué la maravillosa organización del servicio fotográfico en aquel bello establecimiento.

En física, sabido es cuántos progresos ha hecho el estudio de los espectros luminosos, merced á la intervencion de la fotografía, que ha permitido reconocer las rayas negras ó lagunas de la region ultra violeta, cuyos rayos no producen impresion alguna en la retina.

En fin, la fisiología, la anatomía, por la fotomicrografía, la historia natural, todas las ciencias, en una palabra, han utilizado los servicios tan liberalmente prestados por el procedimiento de la reproducción, superior á todos los demás.

Es moda denigrar á la fotografía bajo el pretexto de que no es *artística*. Pero al considerar lo *útil* que es, se encuentran mezquinas las críticas, y se experimenta un vivo sentimiento de gratitud hácia los hombres que han dotado á nuestra época de tan precioso descubrimiento.

P. DUVERNEY.

DE LA BELLEZA EN LA MUSICA.

V.

LA ESTÉTICA EN OPOSICION Á LA PATOLOGÍA, EN LA MANERA DE ESCUCHAR LA MÚSICA.

El mayor obstáculo opuesto al desarrollo científico de la estética musical, es la exagerada importancia concedida á los efectos de la música sobre el sentimiento. Tanto mayores y patentes eran tales efectos, tanto más se les avaloraba como manifestaciones de belleza musical. Nosotros, por el contrario, hemos comprendido que precisamente á las más enérgicas impresiones producidas por la música, se mezcla en el oyente mayor suma de excitación corporal; en cuanto á ella, su vio-

lenta acción sobre el sistema nervioso reside ménos en la parte artística que emana del espíritu y solo á él tiene por objeto, que en la puramente material, dotada por la naturaleza de esa impenetrable «afinidad electiva» de orden fisiológico.

Los únicos elementos de la música, sonido y movimiento, son los que se apoderan de los sentimientos (¡qué mal defendidos!) de muchos aficionados, y los aprisionan con cadenas cuyo ruido les es grato. Léjos de nosotros la idea de disminuir los derechos del sentimiento sobre la música; pero el que en realidad se aduna con mayor ó menor intensidad á la pura contemplación, no puede tener valor artístico más que conservando la conciencia de su origen estético, es decir, del goce de un género de belleza especial al arte: de otro modo, y si no existe la libre contemplación de la belleza artística, si el alma no siente otra influencia que el poder físico de los sonidos, tanto ménos podrá atribuirse al arte tal impresión, cuanto esta sea más fuerte.

Es considerable el número de los que escuchan así la música. Soportando tranquilamente la acción de la parte elemental del arte, sienten una vaga excitación platónicamente sensual, que solo se determina por el carácter de la obra. Su estado no es contemplativo, sino patológico; es un largo sueño, un crepúsculo persistente, una especie de sensación neutral en el vacío sonoro. Si hacemos oír al músico de sentimiento muchas piezas del mismo género, por ejemplo, de ruidosa alegría, continuará en el mismo *ciclo* de impresiones. Su sentimiento solo se asimila lo que constituye la analogía de aquellas piezas, ó sea el movimiento compuesto de alegría y ruido: su inteligencia no alcanza más que la parte original y artísticamente personal que las distingue. A la inversa sucede al oyente que llamaremos musical: la forma artística especial de una composición; lo que imprime á la obra su sello de individualidad entre una docena de piezas de efecto parecido, llama tanto su atención, que apenas si nota la semejanza ó diferencia de la expresión sentimental. La admisión separada para el oyente de una influencia abstracta de sentimiento, en vez del fenómeno artístico concreto, es muy característica y especial al primero de estos dos modos de comprender la música; solo puede compararse con la luz vivísima, que iluminando un paisaje, impresiona la vista á veces hasta el punto de hacerla incapaz de distinguir lo que aquella esclarece. Oír de ese modo es aspirar

la sensación de conjunto, no motivada, no razonada, y más penetrante por lo mismo (1).

Cómodamente arrellanados en las butacas y sumergidos en una especie de sopor, esos aficionados se dejan mecer, acariciar por la música, en vez de escucharla con reflexión y firmeza. La progresión ó disminución de los sonidos, á veces juguetones y alegres, temblorosos y medrosos otras, les hace experimentar una sensación indefinida, que tienen la inocencia de creer puramente estética. Ellos constituyen el público más contentadizo y que mejor reúne cuanto se necesita para desacreditar á la música: á su manera de escuchar no puede revelarse el carácter inteligente del goce estético. Un buen cigarro, un plato apetitoso, un baño de placer, les producen sin que de ello se den cuenta, el mismo efecto que una sinfonía. La actitud perezosa y vacía de pensamiento de los unos, el éxtasis frenético de los otros, reconocen el mismo origen: el placer que se deriva de la parte elemental de la música. La época actual ha hecho ese maravilloso descubrimiento, superior al arte mismo para los oyentes que no buscan en la música más que una especie de *precipitado* de sentimiento, algo análogo al éter sulfúrico, al cloroformo, sin ninguna participación del espíritu. Tales medios excitan realmente en nosotros agradabilísima embriaguez que hace palpar todo nuestro organismo como en sueño delicioso sin los groseros efluvios del vino, que tampoco carecen sin embargo, de influencia musical.

Para tales capacidades estéticas, la obra musical descende al rango de producto de la naturaleza, del cual podemos disfrutar sin vernos obligados á pensar, á remontarnos hasta el espíritu creador y consciente de su creación. Con los ojos cerrados se puede go-

(1) El duque enamorado en *La noche de Reyes* (*Twelfth Night*) de Shakespeare, es la poética personificación de esa manera de escuchar la música. Dice:

If music be the food of love, play on

*O, it came o'er my ear like the sweet south
That breathes upon a bank of violets,
Stealing and giving odour.*

(Si la música es el alimento del amor, proseguí tocando... Oh! llegaba á mis oídos como el dulce viento del Sur, que sopla sobre un ramo de violetas y se desliza llevándose su suave aroma.)

Después, en el segundo acto, exclama:

*Give me some music...
Methought it did relieve my passion much.*

(Dadme un poco de música... Me parece que calmaba mucho mis ardores.)

zar del dulce aroma de las flores de acacia; pero las obras del humano espíritu exigen otras disposiciones, á menos de consentir en relegarlas á la categoría de distracciones emanadas directamente de la ciega naturaleza. A esto se halla expuesta por desgracia la música más que las otras artes, pues al menos su parte material se presta á ser objeto de un goce en que el espíritu no toma parte alguna.

En tanto que los productos de las otras artes quedan, ya su propia naturaleza esencialmente temporal, fugitiva, la aproxima al acto de la absorción corporal. Se *saborea* un ária, pero no un cuadro, una iglesia ó un drama. Tampoco ningún otro arte se emplea con más frecuencia en servicios accesorios. Las mejores composiciones pueden sufrir el ultraje de ser ejecutadas durante un festín para facilitar la digestión del asado. No hay arte que más se apodere del ánimo, y al mismo tiempo que sea más complaciente: es fuerza resignarse á *oir* el organillo que se sitúa delante de nuestra casa; pero no se necesita de una sinfonía de Mendelssohn ó Beethoven para hacernos escuchar cuando nos agrada.

Por lo demás, esa mala manera de escuchar la música no es enteramente idéntica al sencillo placer que causa al público ordinario la parte material de las manifestaciones de cualquiera de las artes. En la música no es en esa parte material, en las ricas sucesiones físicas de los sonidos simples ó complejos, donde se ejercita la poca artística inteligencia de que antes hablábamos, sino en la idea abstracta que se destaca del conjunto y que entonces se percibe como sentimiento. De aquí deducimos claramente á nuestro entender la especial posición que ocupa el sentido verdaderamente espiritual de la música en relación con las ideas de *forma* y de *tema*. En efecto, hay la costumbre de tomar el sentimiento que despierta una obra musical por el tema, la idea, el fondo mismo de la obra, y á no ver en las combinaciones sonoras conducidas ó tratadas inteligente y artísticamente más que la simple forma, la imagen, la envoltura material del sentimiento. Pero precisamente la parte específica de la música, compuesta de esas combinaciones tan desdeñadas, es la que constituye la creación del artista: en ella es donde el genio que produce y el espíritu que contempla se encuentran y se unen; allí, en esas formas sonoras, concretas y precisas, es donde reside el sentido espiritual de la composición, y no en la vaga impresión del conjunto que se atribuye á un sentimiento abs-

tracto. La forma pura, opuesta al sentimiento, es el verdadero tema, el verdadero *fondo* de la música, es la música misma: el sentimiento que provoca en nosotros no puede llamarse ni fondo, ni forma, solo es efecto, resultado. Lo que generalmente se llama parte material del arte, medio de trasmision, de exposicion, es precisamente la emanacion directa del espíritu, mientras lo que se toma por objeto trasmitido y expuesto (es decir, en realidad el efecto producido sobre el sentimiento) pertenece á la materia del sonido, y las más de las veces se rige por leyes fisiológicas.

Fácil es deducir de las consideraciones que anteceden, el valor exacto de los efectos «morales» de la música, preconizados harto frecuentemente por los autores antiguos, como compañeros de los efectos «físicos» que colocaban en primer término. Nuestros aficionados no gozan con la música por su *belleza*. Sienten su influencia como la de una fuerza primitiva de la naturaleza, que puede conducirlos hasta á cometer actos inconscientes, y que absolutamente nada tiene de comun con la estética. por lo demás, ahora ya no ignoramos el estrecho lazo que une esos supuestos efectos morales á los efectos físicos.

El pesado acreedor, á quien su deudor, valiéndose de la música, consigue conmovier hasta el punto de obtener la completa remision de la deuda (1), se inclina á la generosidad, exactamente del mismo modo que el que se siente irresistiblemente impulsado á bailar, si oye de pronto unos bonitos walses. El primero cede al poder de la melodía y la armonía, elementos de la música más espirituales que el simple ritmo que estimula al segundo. Pero ni uno ni otro obran espontáneamente ó bajo el imperio de la impresion espiritual de la belleza estética; los dos ceden á una excitacion nerviosa. La música les mueve los piés ó el corazon, como el vino suele mover la lengua. Tales victorias solo dan testimonio de la debilidad del vencido. Sentir emociones inmotivadas, frívolas, sin razon, y solo bajo la influencia de un poder que no está en modo alguno relacionado con nuestra voluntad y pensamiento, es indigno del humano espíritu. Cuando los hombres se dejan dominar por la parte elemental de un arte, hasta el punto de no ser dueños de sus acciones, nos parece que en eso no hay gloria para el arte, y mucho ménos aún, para ellos mismos.

(1) Este prodigio se verificó muchas veces segun refiere A. Burgh, particularmente á favor del cantante Palma. (*Anecdotes on music* 1814.)

La música no tiene el poder de precisar, pero el que ejerce sobre los sentimientos hace que se consiga disfrutar con ella casi tanto como si tuviese precision. Tal es el verdadero punto de partida de los ataques más antiguos dirigidos contra este arte, al que se acusa de que enerva y debilita, reproche que está completamente fundado, cuando se hace de la música el medio de provocar emociones indeterminadas, de atraer al oyente á cierto estado patológico general. Beethoven expresaba el deseo de que la música pudiese «golpear como un eslabon sobre la mente» (*Feuer aus dem Geiste schlagen.*) Observemos desde luego la forma contingente de tal deseo, y además, ¿la fuerza de voluntad é imaginacion del hombre que ha llegado á su total madurez intelectual no es razon que necesite del mismo fuego encendido y conservado por la música?

En todo caso, el ataque dirigido contra la influencia de la música, nos parece ménos censurable que la exageracion con que á veces se la enaltece. Como sus efectos físicos están en razon directa de la excitacion enfermiza del sistema nervioso, sobre el cual ejerce su influencia, del mismo modo la intensidad del efecto moral de los sonidos, crece con la falta de cultura del talento y del carácter. Mientras menor sea la resistencia que la educacion opone, mayor poder tiene la música en el sentido patológico. Sabido es que los sonidos musicales producen en los salvajes una especie de extático hechizo.

Pero ninguna de estas consideraciones detiene á los estéticos. En sus teorías procuran aducir desde luego numerosos ejemplos para probar que «hasta los mismos animales sienten la influencia de la música.» Sí: el clarín anima al caballo y lo excita al combate. El violin conduce fácilmente al oso hasta á hacer graciosos ensayos coreográficos. La tierna araña y el sentimental elefante, se agitan cada uno á su manera al oír sonidos que les agradan. ¿Puede lisonjarnos gustar de la música igualándonos con ellos?

Despues de las curiosidades del mundo animal, vienen las maravillas humanas. Las que más generalmente se citan, tienen por tipo el hecho mil veces mencionado, relativo á Alejandro el Grande: el conquistador macedonio se ponía furioso cuando Timoteo tocaba la flauta en modo frigio, calmándose al punto si la música pasaba al modo lidio. Cuentan tambien que un soberano ménos conocido, Erico el Bueno, Rey de Dinamarca, queriendo vencerse del decantado poder de la música,

llamó á un célebre profesor para que tocase delante de él y de su córte, tomando antes la precaucion de hacer quitar á todos las armas. El artista escogió las modulaciones de modo que excitó desde luego profunda tristeza en su auditorio; despues le infundió cierto grado de buen humor, exaltándolo progresivamente hasta el delirio. «El mismo Rey, fuera de sí, penetró en la estancia donde habia dejado su espada, la empuñó, y precipitándose entre los cortesanos, dió muerte á cuatro de ellos.» (Albert Krantzius, *Danem*: lib. V. cap. III.) Y con todo era el buen Erico!

Si tales «efectos morales» de la música estuviesen en boga todavía, probablemente impediria la indignacion explicar con razones el oculto poder que declarándose soberano del humano espíritu, lo turba y lo oprime, sin preocuparse de sus ideas y resoluciones.

Sin embargo, como los más célebres de esos trofeos musicales alcanzan respetable fecha, no pensamos que esté fuera de lugar considerar el hecho aquí, desde su punto de partida histórico.

No es dudable que la música en los pueblos antiguos tenia más inmediata influencia que entre nosotros: en las primeras jornadas de la civilizacion estaba la humanidad más próxima á las partes elementales de todas las cosas, que despues cuando la conciencia y el libre alvedrio ayudados por la razon, entraron en posesion de sus derechos. El estado particular de la música en la antigüedad griega favorecia admirablemente á esa admision natural que nada habia contrastado aún. Entonces no era arte, en el sentido que ahora damos á esa palabra. El sonido y el ritmo en su separacion elemental la constituian casi por completo, y ocupaban pobremente el lugar de las formas inteligentes y ricas que son esencia del arte moderno. Por cuanto se sabe de la música de aquella época, se puede deducir con certeza que su influencia era puramente sensual, pero de sensualidad refinadísima.

Si en la antigüedad clásica hubiese existido el arte musical tal como nosotros lo comprendemos, no se hubiese perdido para su desarrollo en tiempos posteriores, como no se perdieron la poesía, la escultura ni la arquitectura. El gusto de los griegos por las relaciones tonales más sutiles, el profundo estudio que de ellas hacian, no pueden colocar á su música en el número de las ciencias, comparándola con las artes cuyos monumentos han llegado hasta nosotros.

La carencia de armonía, los estrechos límites en que giraba la melodía circunscrita á la expresion del recitado, y en fin, el sistema tonal impotente para conquistar desarrollándose un conjunto de formas realmente musicales, hacian imposible la existencia de la música griega como arte absoluto é independiente: por eso casi nunca la empleaban sola, sino combinándola con la poesía, el baile ó la mímica, es decir, como complemento de las otras artes. La mision de la música se limitaba á animar al auditorio con sus pulsaciones rítmicas, y la variedad de sus matices sonoros; á comentar las palabras y los sentimientos lo mismo que la declamacion, pero con mucha mayor intensidad. Así, pues, vivia por sus elementos sensuales y simbólicos. Reducida á estos primitivos factores, concentrándose en ellos por completo, ha debido llevarlos con el tiempo á un altísimo grado de poder. El arte moderno no necesita material melódico tan refinado que use del cuarto de tono ni del género enarmónico, ni tampoco del carácter especial de las tonalidades, ni su rigurosa adaptacion á ciertas formas de lenguaje, ó á ciertos sentimientos expresados con palabras.

Aquellos auditorios sentian vivamente las relaciones musicales continuas y delicadas. Los oidos de los griegos eran mucho más expertos que los nuestros en percibir los más pequeños intervalos, porque nosotros estamos familiarizados con el uniforme compromiso de la proporcion; por eso su espíritu se prestaba más fácilmente á las modificaciones que en él provocaba la música, mientras que para nosotros el placer musical, principalmente contemplativo, paraliza en gran parte la influencia elemental de los sonidos. Así considerada, llegamos á comprender la de la música en la antigüedad.

Siguiendo el mismo razonamiento, no son inexplicables algunas (aunque pocas en realidad) de las anécdotas referidas por los historiadores, sobre los efectos de los diversos modos griegos. Estos se clasificaban segun la impresion, verdadera ó supuesta, que hacian en el auditorio, y que era peculiar á cada uno de ellos. El modo dórico convenia á los temas graves ó religiosos; el frigio enardecia el valor de los ejércitos; el lidio expresaba la tristeza, y se empleaba el eólico para cantar el vino y el amor. Como consecuencia de la rigurosa asimilacion de estos cuatro modos á cuatro órdenes principales de sentimientos, y de la aplicacion constante del mismo modo á las poesías cuyo sentido se le apropiaba, el

oido y la imaginación debían acostumbrarse poco á poco á entrar en el sentimiento del modo que se oía. Establecida la música sobre tan estrecha base de principios, quedaba reducida al papel de acompañante indispensable y obediente de las otras artes, de medio pedagógico, político, etc.; lo era todo ménos arte independiente. Si bastaban algunos acentos frígios para dar á los soldados valor ante el enemigo, ó una melodía en modo dórico para asegurar la fidelidad de la mujer cuyo marido estaba ausente, la pérdida de la música griega será muy sensible para los generales y los maridos, pero los estéticos y los compositores no deben sentirla.

Nuestro sistema opone á aquellas emociones patológicas, la contemplación pura y consciente de la obra musical, única verdadera manera de escuchar digna del arte: sin ella nos vemos obligados á colocar en la misma categoría la pasión brutal excitada en el salvaje, y el entusiasmo puramente sensual del aficionado. Lo bello hace gozar, no *sufrir*. (¿Acaso *passion* no se deriva de *pati*, sufrir?) Los adeptos del sentimiento se sublevarán, calificándolo de herejía contra el soberano poder de la música, si ven á alguno sustraerse á las tempestades y tumultos de entusiasmo que según ellos deben dar testimonio de ese poder soberano allí donde hay un público, y á los cuales se entregan ellos con la mayor sencillez del mundo. Aquel es frío, insensible, es un calculador. Puede ser. Pero aseguramos á esas personas tan sentimentales, que las impresiones que se sienten observando y siguiendo al genio creador, contemplando el mundo de nuevos elementos que ofrece á nuestra mente combinados de cuantos modos son imaginables, edificándolos uno sobre otro, modificando el uno por medio del otro, destruyendo después aquella construcción para crear otra nueva, reinando al fin como soberano en un imperio donde el papel del oído se ennoblece y depura, esas impresiones son dignas y grandes. Escuchando así, ese supuesto sentimiento que la obra encierra no se impone al nuestro. El espíritu libre y tranquilo, goza intensa é íntimamente de la obra de arte que contemplamos, experimentando en toda su delicadeza y plenitud lo que Schelling llama con tanta propiedad «la noble serenidad (*gleichgültigkeit*, indiferencia) de la belleza (1).» Este placer in-

terno en activa colaboración con el espíritu, es recompensa de esa manera de escuchar, que es la más digna, la más sana, pero no la más fácil.

El elemento más importante en el estado de alma producido por la apreciación de una obra musical, y que de comprenderla hace un placer, se desatiende las más veces: este elemento es la satisfacción que siente el que escucha, al seguir el giro y las evoluciones del pensamiento del compositor, al pensar precediéndole, y encontrar unas veces confirmadas y otras agradablemente equivocadas sus conjeturas. Esas evoluciones intelectuales; ese continuo cambio de ideas é impresiones entre el que da y el que recibe, se realiza, es evidente, sin darse cuenta de él, y con la rapidez del relámpago. La música en que eso sea posible, en que el espíritu, identificado con la obra cuyos detalles examina, se entrega á lo que podría llamarse «reflejo de la imaginación,» es la única que suscita verdaderos gozos artísticos. Sin actividad de espíritu, no hay placer estético. La forma especial de actividad que indicamos para escuchar la música es la que conviene mejor á este arte divino, porque sus producciones no se encierran en límites fijos, ni se presentan ante nosotros de una vez, sino desarrollándose progresivamente para nuestros oídos, y por consiguiente no exigen del que escucha la atención que insiste sobre un mismo punto, ó la interrupción arbitraria, como un cuadro, sino que obligan á la inteligencia á proseguir acompañando rigurosamente, paso á paso, su desenvolvimiento. El camino que recorre la imaginación siguiendo al oír las ciertas composiciones complicadas, puede llegar á ser un verdadero trabajo; trabajo que pocos realizan fácilmente, y que hasta parece antipático á algunas naciones musicales. La uniforme preponderancia de una sola parte melódica en los italianos, toma su razón de ser en la natural repugnancia de este pueblo al esfuerzo intelectual persistente, que tan poco cuesta al hombre del Norte y le permite desenredar sin cansarse los entrelazados de un complicado tejido armónico y contrapuntístico. Por eso gozan más fácilmente los oyentes cuya imaginación es poco activa; esos pueden oír sin pestañear, cantidades de música que harían temblar al que considerase como asunto grave la audición de una obra musical.

El elemento espiritual necesario en todo goce artístico, tiene muy diversos grados de actividad en los oyentes de una misma obra:

(1) *Ueber das Verhältniss der bildenden Künste zur Natur* (De la relación entre el arte de la pintura y la naturaleza.);

puede ser el mínimum en las naturalezas sensuales ó sentimentales, y hacerse infinito en aquellas en que domina la inteligencia. A nuestro entender, para encontrar el término medio es fuerza inclinarse un poco hácia esta última parte. El débil se embriaga fácilmente. La manera de escuchar verdaderamente estética, es por sí sola un arte (1).

El desarreglo sentimental corresponde principalmente á esos oyentes cuya cultura artística no llega á hacerles comprender la belleza musical pura. El aficionado no hace más que *oir* la música que escucha; el artista ante todo la *comprende*. Cuanto más desarrollada está en el oyente la facultad estética (lo mismo que en la obra la estética belleza), tanto ménos se hace sentir la influencia de los simples elementos. Por eso el vetusto axioma de los teóricos: «la música grave despierta en nosotros la tristeza; la animada nos produce alegría,» tomado en absoluto está muy léjos de ser siempre exacto. Si un *requiem* vacío de sentido, una ruidosa marcha fúnebre, ó un plañidero adagio, tuviesen el poder de causarnos tristeza, ¿quién soportaría la existencia en tales condiciones? Pero, que una obra musical nos mire de frente con los claros y brillantes ojos de la belleza, y estaremos sujetos á su invencible encanto aunque la composición tuviese por tema todos los dolores de la

(1) Era natural, en el temperamento romántico y desarreglado de W. Heinse, que desdeñase la belleza puramente musical por las vagas impresiones del sentimiento. Llega á decir en su novela musical Hildegarda de Hohen-thal: «La verdadera música... marcha siempre sin obstáculos hácia el fin de hacer penetrar en el alma del oyente el íntimo sentido de las palabras y el sentimiento, con tal facilidad, tan agradablemente, que nadie se aperciba del medio empleado. Esa música dura eternamente; es natural, hasta el extremo de que *no se le haga caso* al escucharla, pues solo se destaca el sentido de las palabras.»

Por el contrario, no se goza de la estética de la música más que cuando se concentran en ella todas las facultades, toda la atención de que sea capaz, asimilándose todas las bellezas que le son propias. Heinse, á quien no podemos negar nuestra admiración por el talento con que ha sabido escudriñar y adivinar á la naturaleza, es más estimado de lo que merece, en cuanto concierne á la poesía, y sobre todo á la música. En la penuria que nos aqueja de buenos trabajos sobre la estética musical, se han acostumbrado en Alemania á ver por sus ojos, y á citar como maestro. Nadie era capaz de conocer y hacer notar los grandes errores y muchas necedades que de extraña manera se amalgaman en este autor con cierto número de reparos y observaciones fecundas é ingeniosas. Su ignorancia en música le sugiere los más singulares juicios estéticos; por ejemplo, en sus análisis de las óperas de Gluck, Jomelli, Träetta, etc., el lector que tiene derecho á que le hablen técnica y razonadamente, no encuentra otras apreciaciones que exclamaciones entusiastas.

humanidad. El más alborotador y petulante final de Verdi; la loca desenvoltura de los rigodones de Musard, nunca nos han causado verdadera alegría.

El partidario del sentimiento averigua si tal música es triste ó alegre; el músico pregunta si es buena ó mala. Este sencillo y corto paralelo basta para dar idea de la situación de entrambos ante la eternal belleza.

Hemos dicho que el placer estético se mide por el valor artístico de la obra musical; pero no pretendemos que algunos efectos sencillísimos, como por ejemplo, la llamada con el cuerno de los Alpes, ó una tirolesa oída á lo lejos en la montaña, no puedan conmover tanto; y aun más á veces, que la más hermosa sinfonía. En esos casos, la música entra en el rádio de las bellezas puramente naturales. No se trata ya de un pintoresco cuadro compuesto con tiempo y á placer, sino de un efecto físico que puede armonizarse con el paisaje y la disposición de ánimo del viajero hasta el punto de que el placer que le produzca sea mayor para él que cualquier otro placer artístico. La parte elemental de la música vence entonces en cuanto á la impresión de que es origen, á su parte artística: el estético solo considera á esta última, y no reconoce otros efectos que los que la música, producción del humano espíritu, ofrece á la pura contemplación como resultado de la obra consciente de los factores elementales.

La condición más esencial del placer estético es que se escuche la obra musical *por sí propia* tal cual sea y tal cual sea la ilustración del auditorio. Cuando la música no es más que un medio para conducirnos á cierto estado moral, toma lugar entre los accesorios ó las decoraciones, y deja de obrar como puro arte. Confundiendo tantas veces como se confunden sus elementos con su belleza artística, se toma la parte por el todo y se establece una confusión sin nombre. Los más de los juicios que sobre la música se hacen cada día, no recaen precisamente sobre ella, sino sobre el efecto material de sus elementos primitivos.

Cuando Enrique IV en la tragedia de Shakespeare de que es héroe, hace tocar la música en el momento de morir (II parte, IV, 4), no es seguramente por escuchar la composición que van á ejecutar, sino para que le aduerman los sonidos. En el *Mercader de Venecia*, Porcia y Bassanio no están tampoco dispuestos durante la fatal elección del cofrecillo, á escuchar la música que piden. Johann Strauss ha puesto en sus mejores walses mil cosas

lindas é ingeniosas, que no se atienden cuando se quiere valsar á compás. En tales casos importa poco la eleccion de la música; basta con que produzca el efecto general deseado. Esa indiferencia por el carácter individual de la composicion, no es hácia la música que se oye, sino por los efectos sonoros que se experimentan. Para oír verdaderamente, para apreciar la música en lo que vale, es fuerza no solo recibir el efecto sentimental de conjunto, sino tambien y sobre todo, asimilarse la obra misma con su carácter distintivo y su naturaleza especial. Las impresiones que elevan el alma y su gran importancia psicológica y fisiológica, no pueden impedir á la crítica que juzgue por el efecto producido, lo que pertenece al dominio superior del arte y lo que es solamente elemental. En el estudio estético, la música debe ser considerada ménos como causa que como efecto, no como agente productor, sino como producto.

Tanto como sus efectos elementales, se confunde con la música la general armonía, que es como su moderadora, pues le presta reposo y movimiento, consonancia y disonancia. El interés del arte y la filosofía en su estado actual nos prohíbe adoptar el sentido antiguo de la palabra *música* que los griegos, como es sabido, hacian extensiva á todas las artes y las ciencias, así como á la cultura del conjunto de las fuerzas morales. La célebre apología de la música en el *Mercader de Venecia* (V. I.)

The man that hath no music in himself,
Nor is not mov'd with concord of sweet sounds,
Is fit for treasons, stratagems, and spoils... (1).

se funda en la confusion que mencionamos; toma á la música por el principio de eufonía, concordancia y medida que la rige. En esta frase y en otras parecidas, podria reemplazarse la palabra *música* sin que se desvirtuase el pensamiento, con otras ménos especiales, tales como *poesía*, *arte* y hasta *belleza*. La música debe la preferencia que tiene, al poder de su popularidad. Los versos que siguen á los que acabamos de citar dan testimonio de ello: la influencia calmante de los sonidos sobre las fieras se celebra altamente, lo cual provoca un nuevo elogio de la música.

En este género nos proporcionan instructivos ejemplos las «explosiones musicales» de Bettina d'Arnim: así llamaba Goethe por galantería á las cartas sobre la música de esta célebre iluminada. Verdadera sacerdotisa del

entusiasmo indeterminado, Bettina demuestra (sin querer por supuesto) cuán abusiva es la extension que se complacen en dar á la idea de «música» para poder modificarla á su placer. Creyendo hablar de la música misma, no hace más en toda su correspondencia que esforzarse en describir la impresion bien poco definida que su alma recibe, y cuya voluptuosa alucinacion busca siempre, para sustraerse á cuanto sea pensamiento, reflexion ó examen. En la composicion musical ve tan solo una especie de producto natural, y piensa que estudiarla seria perder el tiempo: no reconoce la obra del humano espíritu; solo comprende la música como coleccion de fenómenos físicos. Aplica de continuo á esos fenómenos las palabras *música*, *musical*, y no se apercibe de que no tienen de comun con el arte más que uno ú otro de sus elementos, la consonancia, el ritmo, etc. Ahora bien, en la estética no se trata en modo alguno de esos factores, sino de la manera con que están combinados y dispuestos para que su concurso produzca la obra de arte. La romántica señora llega á calificar á Goethe de gran músico. Goethe está juzgado hace ya tiempo, y por cierto de distinto modo que como Bettina hubiera querido.

Respetamos el derecho de las civilizaciones históricas y las licencias poéticas; comprendemos que Aristófanes en las *Avispas* haya calificado á un talento cultivado de «sábido y musical» σοφὸν καὶ μουσικόν; nos parece cuerda la expresion del Conde Reinhardt al decir que Cehlenschlager «tenía ojos musicales.» Pero las consideraciones científicas no deben hacer nunca que se una á la música otra idea que la de la estética, si no se quiere renunciar del todo á la esperanza de que llegue un dia á consolidarse esta ciencia tan frágil hasta ahora.

EDUARDO HANSLICK.

(1) El hombre que no lleva música en sí propio, á quien no conmueve el dulce acorde de los sonidos, es capaz de cometer traiciones, engaños y rapiñas.

MISCELÁNEA.

LA VIDA ESTUDIANTIL EN ALEMANIA.

Tanto se ha escrito por observadores superficiales y viajeros al vapor acerca de la vida universitaria en Alemania, presentando por lo general informes y miras erróneas, que el que esto escribe, antiguo estudiante alemán, se ha visto tentado á hacer el siguiente bosquejo:

El estudiante alemán, aunque entre en la Universidad á la edad de 16 años, ya es considerado un hombre, y tratado como tal, con todas las responsabilidades del hombre hecho, y se le enseña por el ejemplo, por el precepto y por un sentimiento innato de honor, á ser un caballero. Todos los muchachos alemanes se acostumbran á tratar á sus mayores é iguales con respeto; y á medida que crecen en años, reclaman y esperan las cortesías que ellos han estado acostumbrados á observar. Levantar el sombrero al saludar, es universal entre los alemanes de todas clases, y este acto de cortesía nada quita á la idea de la propia estimación.

El cuerpo, ó más propiamente, el «cuerpo de armas,» son clubs de estudiantes que existen en todas las Universidades y que tienen sus cuerpos aliados en otras Universidades, con las que mantienen relaciones amistosas; así es que un estudiante de Gotinga encuentra al momento un gran número de amigos entre los bávaros de Heidelberg ó los estudiantes de Nassau en Wurzburg. Su gorra bordada y tricolor es suficiente recomendación, y entre la ardiente juventud de una Universidad, quiera ó no quiera, es el recipiente de inmediata hospitalidad y ofertas de servicio. Existe una verdadera masonería, y en caso de contienda, insulto ó duelo, el estudiante extraño recibe la protección del cuerpo con el que el suyo se halla en buenas relaciones. Los miembros de estos clubs son durante la vida universitaria verdaderos «hermanos de un cuerpo.»

Esta institución peculiar está protegida por las autoridades, y es el legítimo vástago de los antiguos clubs políticos de los estudiantes de otros tiempos. Aun conservan sus nombres nacionales pero han perdido su lazo de unión política. En aquellos tiempos los estudiantes estaban aun más favorecidos que ahora en los privilegios que poseían, tales como viajar por la mitad de su costo en los coches y vapores; exención de ser castigados por deudas, y por extravagante y ofensiva que fuera su conducta, rara vez eran castigados. ¿Quién puede figurarse hoy al príncipe Bismarck y al célebre historiador Motley tirándose pedacitos de pan y rociándose con café, mientras que el posadero arengaba en favor de sus tazas de china, sus cuadros y sus paredes pintadas de nuevo?

Cada cuerpo está gobernado por tres oficiales superiores, llamados primero, segundo y tercer encargado. Estos tres oficiales de cada club forman unidos un congreso de decanos en cada ciudad, que decide todas las cuestiones de interés local, y hay además un

supremo congreso de decanos que lo forman los primeros encargados de todos los cuerpos de Alemania, y se reúnen anualmente en el castillo de Korsen, edificio medio derruido en el centro del país, para decidir las graves cuestiones de interés general; y estas son frecuentemente de gran importancia para los estudiantes, como también á veces para las mismas Universidades. Las decisiones y opiniones de estos congresos, tanto locales como generales, se tratan con gran respeto por las autoridades de las Universidades, que procuran por este medio enseñar á los jóvenes á gobernarse por sí mismos, é intervienen cuanto menos les es posible en su conducta, y esto solo del modo más paternal. Una amonestación, reprensión, consejos, raras veces algunos días de confinamiento en la prisión de los estudiantes, y acaso la expulsión en casos extraordinarios, son los únicos medios de gobernar y contener, y con dificultad se encontrarán reuniones más decentes y dignas que los cuerpos de estudiantes de las Universidades alemanas.

Tal vez no carezca de interés mencionar una ceremonia particular que ocurre anualmente en las reuniones del castillo de Korsen. Será necesario decir primero que los estudiantes están divididos en dos clases: *foxes*, (zorros), ó sea los que no han completado aun su primer año de estudios, y *burschen*, que se encuentran en el segundo año, y han adquirido todos los privilegios de la edad y la experiencia. El castillo está situado en la cima de una colina más ó menos inaccesible en diferentes lados, y dominando una vasta región fértil. Como en épocas pasadas sostuvo ataques bajo el mando de los barones, ahora debe ser tomada por asalto por los *foxes*. Las puertas desvencijadas, los arcos y las poternas se llenan con materiales, cajas vacías, barriles vacíos, y todo lo que se halla á mano, y las antiguas murallas están defendidas por los *burschen*, cuya única arma defensiva es cerveza, y como toda ésta se encuentra dentro del castillo, los *foxes* solo anhelan comenzar el asalto. A la señal convenida, cubiertos con mantas ó sacos de harina, con las levitas y los chalecos puestos al revés, y con los sombreros en los bolsillos, y viejos cubos á guisa de yelmos, los más jóvenes se precipitan al ataque. Las fortificaciones no se defienden muy tenazmente, y al fin triunfan, más ó menos empapados con la cerveza que se ha arrojado sobre ellos. ¡Honor á los valientes chicos! Es una que no puede olvidarse fácilmente, una escena de alegría y de carcajadas, especialmente si, como sucede con frecuencia, algún muchacho modesto y recogido, que ha procurado ponerse á cubierto de la lluvia de cerveza, cuando el asalto ha concluido y se adelanta tranquilamente en la sala del castillo, es recibido con un diluvio de cerveza de todas partes, que lo convierte en objeto de la risa general. La más intensa alegría reina hasta que se hace de noche, y entonces descienden todos á la apacible aldea á orillas del encantador río cuyo nombre he olvidado, donde, durante la noche la cerveza bávara, en el lenguaje de sus cantos, tiene más favorece-

dores que la ambrosía de los dioses. No los juzguemos desfavorablemente por esto, pues como dice el proverbio alemán,

"Quien no ama el canto, la mujer y el vino,
Es toda su vida un gran pollino."

Al siguiente día empiezan los asuntos serios del congreso, que regularmente duran dos ó tres días.

El principio de honor es la guía de acción para los cuerpos de estudiantes. Cuando uno es acusado de un acto deshonesto, el cuerpo á que pertenece le juzga, ó el consejo de los decanos, y si se le halla culpable, se le considera deshonesto por más ó menos tiempo, ó en perpetuidad. Durante ese tiempo nadie debe asociarse con él, bajo pena del mismo castigo. Se verá de este modo que los estudiantes gozan de un gran poder, pero del que no abusan, sea dicho en honor de la verdad.

Los estudiantes de cuerpos, aunque raras veces comprenden más de la cuarta parte del número total matriculado en una Universidad, son en todos conceptos los mejores en posición, nacimiento, talento y físico. Libres de la disciplina de la escuela y del hogar, con frecuencia son demasiado vivos, descuidados y amigos de todas clases de diabluras. Sin embargo, ya van pasando los tiempos en que los estudiantes no conocían más ley que su voluntad; pero en muchas de las ciudades estrictamente universitarias, tales como Gotinga, Heidelberg, Jena, Bonn, Halle y otras, el estudiante tiene aun su propia policía, á la que rara vez se atreve á resistir. Pero ¡ay del policía ordinario que se aventure á intervenir! Pronto medirá el suelo, con pocas esperanzas de tomar la represalia. Por esta razón los policías municipales van siempre en parejas.

Los desafíos de los estudiantes de cuerpos son de dos clases: «amistosos» y «serios», y regularmente se verifican con una especie de espadas de abultada empuñadura á manera de cesto, afilados por ambos lados unas pulgadas desde la punta. En los duelos ordinarios los hombres de diferentes clubs se emparejan segun su habilidad, por los oficiales de sus respectivos cuerpos, ó tal vez un *burchs* desafía á otro *burchs* de un cuerpo rival. Si se sabe que ambas partes son poco más ó menos del mismo calibre, se les permite pelear. El lugar escogido es algun cuarto privado, ó al aire libre segun la más ó menos severidad de las autoridades del lugar en reprimir esta costumbre. Pero en todas circunstancias los *foxes*, ó estudiantes de seis meses, se estacionan como centinelas para anunciar la llegada de los policías, espías ú oficiales. Estos últimos siempre se aproximan pausadamente cuando lo hacen, lo que es muy raro, excepto despues de desafío sangriento ó fatal y los combatientes tienen tiempo de sobra para hacer desaparecer todas las señales de sus anti-pacíficas intenciones.

En un duelo amistoso los principales están protegidos por un sombrero con una visera pesada sobre los ojos, un cuello bastante duro al rededor de la garganta para proteger la yugular, y un peto bastante espeso para proteger el pecho y costados. Los padrinos, que son *burschen*, pero no maestros de florete, aunque

bastante hábiles con sus armas, permanecen al lado, y frecuentemente, si sus principales se hallan en una situación desventajosa, apartan un golpe peligroso, dando por excusa que una mosca se habia parado en la nariz del ahijado, ó alguna otra razón tan plausible como esta; la que se acepta al punto por árbitro. Despues de pelear unos diez minutos, segun el uso de cada Universidad, ó si lo pide una de las partes, el desafío se considera terminado, á ménos que se hubiera acordado previamente que terminara con una herida que requiera ser cosida.

En los desafíos serios, no se usa ni sombrero, ni visera, ni el collar de que arriba se hace mención, y no se permite que intervengan los padrinos, y se emplea la espada, el sable ó la pistola. A veces han tenido resultados siniestros. En Jena hubo un tiempo que estuvo de moda el empleo de la espada corta, lo que necesariamente era muy peligroso.

TEATROS.

Los conciertos verificados el domingo y martes últimos en el teatro y circo del Principe Alfonso, estuvieron tan concurridos como los tres primeros de la presente temporada. Las piezas más aplaudidas en el del domingo fueron la *Danza macabra*, de Saint-Saëns; *El buque fantasma*, de Wagner, y el *Larghetto* del quinteto de Mozart; y en el del martes, el *Andante favorito*, de Beethoven, la *romanza* para violín del mismo maestro, y las *overturas* de *Freischütz* *Tanhäusser* y *Carnaval de Venecia*.

El drama *Cruz y corona*, estrenado últimamente en el teatro Español, ha proporcionado una merecida ovación á su autor el Sr. Caviedes.

Con igual justicia se ha aplaudido en el teatro de la Comedia un delicioso juguete cómico en dos actos, debido á la elegante y correcta pluma del conocido poeta D. Eduardo Bustillo, y en cuya ejecución se distinguen mucho los inteligentes actores Sres. Zamacois y Romea.

BIBLIOGRAFÍA.

El materialismo desenmascarado, por A. H. Simonin, traducción de C. P. V.—Un tomo en 4.º menor, de 252 páginas.—Madrid, 1878. Saturnino Calleja, editor.

Precio 4 pesetas. Los pedidos pueden dirigirse á la casa editorial de Medina, Campomanes 8, Madrid.

Vida del almirante D. Andrés Depes, ministro de Marina, por D. Adolfo de Castro. Un volumen en 16.º de 94 páginas. Cádiz, 1879. Imprenta de la *Revista médica*.